

JOSE INGENIEROS

¿QUE ES EL SOCIALISMO?



PROLOGO

Nueva para muchos, aparece en medio de nuestro estudio y nos obliga por su importancia a dedicarle nuestros mejores instantes de sensata y fecunda reflexión, una cuestión antigua como la humanidad, pero que por los rumbos de la actual evolución económica, es el gran problema que agita a los sociólogos europeos y comienza por efecto reflejo a agitar a nuestros mejores economistas: **La Cuestión Social.**

Su múltiple desarrollo y las fases numerosas que presenta, hacen imposible una dilucidación amplia de tan importante y discutido problema en el reducido espacio de un folleto de propaganda; limitaremos pues nuestro rol a condensar y exponer las causas que la engendran, y la doctrina que el Socialismo científico propone como solución a esa desigualdad de condiciones que surge como lógica consecuencia de una errónea organización económica, y al mismo tiempo a demostrar la necesidad de que los estudiosos se preocupen en dedicarle su atención.

Cuando por vez primera se anunció la fundación del Centro Socialista Universitario y se conocieron sus nobles propósitos inspirados en la justicia de estudiar y resolver los grandes problemas que agitan al organismo social, cierta clase de estudiantes acogió con la sonrisa irónica y el franco sarcasmo la iniciativa leal y espontánea, que debió recibirse cual nueva aureola del progreso sociológico y cual nueva vindicadora de las falseadas libertades de los pueblos.

Muchos supieron apreciar la conveniencia y la necesidad de que tales problemas se estudiaran, pero po-

cos fueron aquellos que sacrificando ficticios intereses, desechando falsas conveniencias y repudiando absurdos sociales y económicos, se alistaron en las filas de la gran legión de los proletarios de todo el universo, para esgrimir las armas de la ciencia y de la razón contra los defensores de la opresión, de la fe y de la justicia.

El presente folleto, que por su carácter de propaganda no debe ni puede tener límites literarios, es el producto primero de esa labor constante y ese estudio sereno y preciso, siendo la esencia de lo que debe conocerse al iniciar un estudio sensato de las modernas doctrinas, sin contener las exageraciones entusiastas que, si son posibles en los discursos de barricada, no pueden tener cabida en el terreno positivista de la razón.

Aparece, modesto y breve, para incitar a los inteligentes al estudio de lo que llamamos **Socialismo Científico**, y para demostrarles que sus aspiraciones no son ni la **República** de Platón, ni el **comunismo religioso** de Munzer, ni la **Utopía** de Tomás Moore, ni la **Oceana** de Harrington, ni los ideales organismos sociales soñados por Fourier, Saint Simon y sus escuelas de utopistas.

Quiere demostrar que el Socialismo más que una organización social impuesta, es una consecuencia lógica y necesaria de la evolución económica que se ha iniciado, y que por la fuerza de los hechos debe implantarse como regulador de las producciones y consumos, y como nivelador de las condiciones individuales ante los medios de producción.

Quiere descorrer el velo de la ignorancia que los interesados se empeñan en mantener ante los verdaderos principios del Socialismo científico, y demostrar que si la calumnia y la ira han sido los argumentos empleados para combatir a lo desconocido, no todos los calumniados dejan pasar sin respuesta las insulsas prédicas del obscurantismo moral, político y económico.

Maliciosas insinuaciones han precedido la publicación de este folleto: el interés y la ambición han sido designados como sus únicos propósitos. Nosotros no pretendemos ocultarlo: el uno y la otra han sido nuestra guía.

Interés de hacer propaganda entre nuestros compañeros de aulas, contribuyendo, incitándolos al estudio, a la solución de los grandes problemas sociales que al través de cinco lustros vienen siendo la meta de las inteligencias privilegiadas y el espantajo de la timidez característica de los ignorantes. Ambición de que la clase oprimida, semejante al inmenso océano que tiene a su alcance la ruina de quienes lo surcan, se agite y envuelva en sus oleajes poderosos a los detentores del producto de su trabajo.

El nuevo Ideal del Porvenir marcha erguido y tranquilo en el sendero de la Justicia Social con la firme convicción de llegar con el lauro del triunfo a su meta: la redención económica. Originado para ser el estandarte libertador en cuyos pliegues se cobija la pléyade de los oprimidos, afronta con intrepidez la ira de los tiranuelos y afirma su convicción en las persecuciones; no vacila, ni teme, ante las cadenas y los patíbulos, pues combate precisamente a los unos y a los otros; desprecia el misticismo, pues a él atribuye el decaimiento y la depresión de la intelectualidad en las masas; y por fin no vacila ante la fuerza autoritaria, teológica y económica, pues su triple destrucción es su anhelo más sincero en que deposita sus esperanzas de fraternidad universal.

Su triunfo es nuestro fin y en él se simbolizan nuestras más elevadas aspiraciones.

I

LA CUESTION SOCIAL

Hace apenas un siglo, Francia primero y más tarde toda Europa vieron sus campos y sus villas, sus montañas y sus arroyos enrojecer, bañados por la sangre a torrentes derramada en aras de la gran revolución del pueblo contra la aristocracia, de los oprimidos contra la nobleza.

El orbe entero, sediento de libertad e igualdad, fijaba en Francia su mirada, y harto de despotismo, de opresión, de esclavitud, anhelaba ansioso conocer el resultado de la gran lid que se empeñaba, y contemplaba mixto de admiración y de respeto a los que con su ingenio y con su pluma habían sabido instilar en los corazones de los oprimidos el amor a la libertad, que había de manifestarse en la gran revuelta de la democracia.

La plebe de todo el universo admiraba estática los progresos del movimiento, gozaba en sus triunfos, sufría en sus derrotas, y en él cifraba las esperanzas más positivas de una verdadera regeneración, esperando la sanción de sus derechos como parte constitutiva del organismo social.

Largos años de lucha se agitaron las huestes revolucionarias en el terreno de la discusión y de la sangre, sin que el verdadero ideal revolucionario llegara jamás a imponerse, produciendo como final resultado la derrota de la democracia y de sus defensores: Gregoire, Petion, Considerant, Rittinghausen, Gerárdin, Ledru

Rollin, etc. Medio siglo había presenciado la fantasmagoría burguesa, que tras haberse servido de las masas populares para derrotar a la nobleza, las encadena de nuevo al yugo de la explotación económica agradeciendo así a sus inconscientes defensores.

Pocos fueron los que en el vendaval revolucionario quisieron encarrilar el movimiento en el recto sendero; habían grabado en su bandera el lema:

“Abolición del dominio del hombre por el hombre”.

“Abolición de la explotación del hombre por el hombre”.

pero no convenía a los que habían aferrado el poder de la nobleza sentar en sus verdaderas bases la emancipación política y económica de la humanidad, y los mejores defensores de la verdadera revolución pagaron la nobleza de sus intenciones en el patíbulo o el destierro.

Se habla desde entonces con singular empeño de libertad, igualdad y fraternidad, y se inculca en las multitudes la convicción de que la Revolución Francesa había implantado esos tres grandes principios, que constituyen el eje en cuyo torno gira la humanidad en su incesante evolución. Más corto ha sido el engaño; cuando las desigualdades ante los medios de producción se fueron acentuando y cuando por la posesión aparente de ciertos derechos las clases productoras comprendieron la injusticia de los privilegios económicos, no tardó un instante en entrar en el ánimo de los explotados la certeza de la mistificación sacrílega cumplida ante los altares de la revolución.

Desde ese triunfo de la burguesía, la preocupación de los gobiernos es grandísima, e inmenso su afán de sancionar leyes y tomar acuerdos, que, acentuando rápidamente el decaimiento económico, colocan a la clase productora en una condición cada vez más esclavizada respecto a la clase que posee y dispone de los medios de producción o instrumentos de trabajo.

El paria, el ilota, el esclavo, el siervo, el vasallo y el sans-coulotte formas sucesivas de la evolución de una clase explotada y despreciada, hoy tienen su representante en el asalariado, individuo productor, como

aquellos obligados a ceder una parte del producto de su trabajo al parasitario burgués que injustamente lo consume.

Por eso se ha venido repitiendo con frecuencia que la cuestión social es tan antigua como la humanidad misma y, sin embargo, muy escaso ha sido el número de aquellos que hasta hace pocos años se habían preocupado de darle racional solución, cortando una vez por todas el nudo gordiano de la sociología.

Siempre ilusionados por las frases edulcoradas de las clases opresoras, y sobre todo obligados por la ignorancia en que interesadamente los mantenía el monstruo de la autoritaria explotación, nunca cruzó la mente de los oprimidos una ráfaga brillante de emancipación económica, ni jamás rozó su cara, encallecida por la continua bofetada, un soplo vivificador de revolución, que despertando a esa máquina humana de su oprobioso letargo, la arrancara a la esclavitud y la servidumbre para entregarla libre y consciente a la sociedad entera.

Así de yugo en yugo, de cadena en cadena, de tiranía en tiranía, vemos desfilar ante nuestra vista las castas de la India, donde la más ignominiosa de las desigualdades, y la más inicua de las injusticias, forman las bases de una sociedad que bien podemos considerar como el prototipo de las organizaciones opresoras.

Muerto el Oriente, aparece rodeada de oropeles la civilización helénica, sin castas y sin privilegios. La humanidad es libre, es igual, es solidaria... por una parte Esparta con su nobleza y su estudiada constitución oligárquica, por otra Atenas y Tebas con ficticias democracias, con teóricos plebiscitos y con aclamados demagogos, frente a la legión innumerable de los esclavos que sin formar casta vivían en la abyección y la miseria que sus tiranos les imponían.

Ni el noble, cuan utópico clamoreo de Platón, Pitágoras, Hipodamus de Mileto, Empédocles, y sus discípulos, que predicaban doctrinas eminentemente emancipadoras y económicamente igualitarias, pudo encontrar suficiente apoyo para restablecer el reinado de la

justicia social; los opresores jamás escuchan el quejido de los oprimidos.

Roma, con sus luchas entre la plebe y el patriciado, entre romanos y samnitas, entre los aliados y los bárbaros, continúa la serie de las sociedades que van a aumentar la historia de la opresión violenta y del dominio del más fuerte. La señora del mundo y la maestra de la humanidad tuvo bajo la planta de sus civis a millones de esclavos, que envidiaban a aquellos plebeyos que el hambre hacía huelgar en las faldas del Aventino.

Espartaco, Salvio, Atenion y Euno, son los héroes de la gran revuelta que hizo temblar al templo de los Césares; los Gracos, S. Licinio, T. Arsa y Tiberio Pontificius, pertenecen a la selecta fracción de los que sacrificaron su vida en defensa de los derechos de la plebe.

Caídas las esperanzas, tras haber sucumbido en repetidas revueltas, los oprimidos de Roma la entregan a la tiranía de los Césares y éstos caen, sin su apoyo, al ímpetu rebelde de las hordas bárbaras.

La Edad Media crea el siervo sujeto a nuevas cadenas; nacen a su amparo las leyes divinas y una nueva y más indigna esclavitud impone obediencia a los representantes de seres imaginarios; la doctrina de un filósofo se pervierte y es transformada en fundamento de una clase de parásitos.

Revueltas parciales, insurrecciones aisladas, ya teniendo el hambre, ya la opresión por incentivo, hacen en vano crujir las cadenas y las cárceles, hasta que la Edad moderna con su relativo progreso, crea la aristocracia de la sangre fomentó por factores a los señores feudales de la Edad Media y a los comerciantes afortunados de las expediciones al Oriente y América.

Surgen entonces los genios poderosos de la revolución del 89 y el siervo de la gleba, transformado en un *sans-coulotte*, toma parte con entusiasmo en la gran lucha contra la aristocracia de la sangre, dejando, sin embargo, que escale las gradas del poder la aristocracia del dinero.

¡Libertad!, grita doquier la burguesía, y obliga con la fuerza de los hechos al proletario a ser esclavo de los detentores de los medios de producción. ¡Igualdad!, y el antagónico espectáculo del lujo y la miseria, del derroche y el hambre, del lucro y la expoliación, divide a la humanidad en clases sociales, en burguesía y proletariado. ¡Fraternidad!, y en cada cumbre erige una fortaleza, en cada río una frontera sembrada de arsenales, y en cada frase patriótica se incita al odio entre pueblos separados por un Andes, un Reno, un Alpes o un Pirineos, a la par que no se vacila en subyugar a sangre y fuego un Madagascar o una India, una Abisinia o una Cuba.

Tal a grandes rasgos es la evolución de la clase oprimida, que hoy subyugada por la clase poseedora de los medios de producción halla en el salario cadenas tan férreas como en otros tiempos bajo yugos más aparentes.

Veinte años ha, Malon, uno de los más modestos y más meritorios propagandistas del socialismo científico, escribía: "Si la palabra **Socialismo** es reciente, el ideal que su doctrina encierra es tan antiguo como la civilización" (1), y en verdad, desde que un hombre se apropió indebidamente de lo que otros hombres necesitaban, sin más derecho que su arbitrario albedrío, nació el antagonismo y con él se dividió la humanidad en clases. El pacto social surgió junto con el interés individual, como lógica resultante de la apropiación por parte de unos pocos, de lo que todos necesitaban.

De Amicis, dirigiéndose a nuestros compañeros de la Universidad de Turín, exclama: "¡Que la cuestión social es tan antigua como el mundo! Concedámoslo.

"Pero lo que no es antiguo como el mundo es el grado a que ha llegado el desarrollo del principio de igualdad, que es el hecho más general, más constante que se conoce en la historia. Lo que no es tan antiguo como el mundo es la conciencia adquirida de esa misma igual-

(1) "Histoire du Socialisme", tomo 1, pág. 1.

dad de naturaleza civil y política, que hace sentir más que nunca las desigualdades económicas." (1)

En las frases que traducimos deja claramente traslucir el distinguido socialista italiano las verdaderas causas de la actual agitación económica y, aunque simula no plantear ni entrar de lleno en el tema que aborda, indica que las desigualdades económicas, en una época en que la humanidad vanidosamente se enorgullece con ficticias igualdades políticas y civiles, son el último baluarte de las civilizaciones medioevales que deben palmo a palmo ceder sus privilegios a la evolución incesante de la humanidad.

"¿Por qué hay gentes que siempre trabajan y otras que sin cesar gozan? El capital, ¿por qué va a manos de los que nada producen? Siempre contradicción y anomalía. Los economistas han escrito que es necesario respetar el trabajo y los productos del trabajo. ¿Y no son acaso esos productos del trabajo que nosotros estamos obligados a mirar de lejos sin tener, siendo los productores, participación en ellos?

"¿Ese es el resultado de la explotación!... ¿Quién goza los frutos de la tierra? Es el labrador encorvado sobre el surco o el burgués ocioso que en los casinos prodiga su oro y su salud? ¿Por qué, pues, esos productos van a manos de los que en nada cooperan a su producción? ¿Por qué unos están siempre subyugados y los otros les están siempre con la planta al cuello y en la miseria los sujetan?" (2)

Las palabras del orador parisiense son tan tenaces como significativas: **Explotación y dominio del hombre sobre el hombre.** Declamen a su antojo los denigra- dores del Socialismo: suprimir la una y el otro son nues- tros ideales.

Por eso no titubeamos en plantear en forma clara y concreta el gran problema que los utopistas enmara- ñaron con las creaciones de su imaginación, desviando del sendero de la ciencia y la razón a la Cuestión Social.

(1) "Observaciones sobre la cuestión social", pág. 6.

(2) "Discours a la Redoute", Paul Mink, Paris.

Desigualdad de condiciones existente ante los medios de producción entre dos clases sociales: la una de trabajadores que produce y no consume más que una parte de sus productos, y la otra de parásitos, que, dueña de la actual organización política y económica, nada produce y consume lo producido por la de trabajadores.

En consecuencia, división de la sociedad en dos grandes clases que luchan en defensa de opuestos intereses: proletariado y burguesía.

Suprimir esa diferencia de clases y erigir una sola de productores instruídos, libres, iguales y dueños del producto íntegro de su trabajo, es la fórmula que deben buscar los sociólogos de todas las escuelas y es la aspiración justiciera y noble del Socialismo.

II

CRISIS UNIVERSAL

Las grandes crisis que a través de las diversas épocas históricas han afligido a pueblos o naciones determinadas, han tenido su razón de ser en las condiciones de forzoso aislamiento en que los pueblos han debido vivir, ya por causa de dificultades en los medios internacionales de comunicación, ya por la diversidad de intereses y tendencias religiosas o políticas, ya por la existencia de instituciones que imposibilitan una solidaridad que sin mirar fronteras y sin respetar tradiciones hiciera el bienestar de los pueblos por los beneficios de la compensación internacional de los productos.

Lógico, nos parece, pues, que haya sido posible la creación de la fábula de las doce vacas gruesas y las doce delgadas, representando a los doce años de abundancia y los doce de carestía en los cuales sucumbió por hambre parte de la población de Egipto. No había medios suficientes de comunicación y transporte, existía latente ese gran antagonismo de razas que aislaba al pueblo egipcio de sus vecinos y natural consecuencia debía ser que los no previsores sucumbieran por falta absoluta de medios

de subsistencia. Eran, pues, las crisis antiguas, crisis por carestía de productos, engendradas, no por falta absoluta del producto, sino por la imposibilidad relativa de establecer un intercambio internacional del producto escaso.

Esas formas de crisis han podido existir, en consecuencia, como resultado del grado de civilización de los pueblos, y han sido el producto del estado a que la evolución social y económica había llegado en ese entonces.

Siglos más tarde encontramos a la Italia pagana estableciendo a la perfección el sistema del intercambio internacional. Sicilia fué durante ocho siglos su granero, en los años en que la carestía de cereales amenazaba con el espectro del hambre a sus pobladores. El progreso había conseguido derribar fronteras y los tiranuelos sículos no se negaban a comerciar con los Césares romanos y con sus aliados.

Siempre, sin embargo, las probabilidades de una crisis eran debidas a posible carencia de productos, pues los medios casi embrionarios de producción permitían apenas alcanzar a subvenir a las necesidades generales del consumo.

Hoy el problema ha cambiado de aspecto y la crisis moderna, que no excluye a pueblo alguno, tiene causas diametralmente opuestas a las que antiguamente las producían. La crisis actual en sus formas múltiples reconoce por causas la exhuberancia de productos y la sed de especulación.

Es el fenómeno más extraño que puede haberse producido en el campo económico, y ninguno de los economistas que no tuvieron ocasión de presenciarlo en sus comienzos o en su desenvolvimiento, llegó jamás a verlo ni a dudar siquiera de su posibilidad.

“Si en una visión de lo futuro, un hombre del último siglo hubiese contemplado los vapores sustituyendo a los buques de vela, el tren a la galera, la máquina para segar a la guadaña, la trilladora al mayal; si hubiese oído las pulsaciones de las máquinas que, obedientes a la voluntad del hombre, y para satisfacción de sus de-

seos, ejercen un poder mayor que el de todos los hombres y todas las bestias de carga de la tierra juntos; si hubiese podido ver los árboles del bosque transformarse en maderaje acabado, en puertas, marcos, tablas, cajas o barriles, sin que la mano del hombre interviniese apenas para nada; los grandes talleres en los cuales botas y zapatos se hacen con menos fatiga de la que el viejo remendón empleara antaño en poner una suela; las fábricas donde, bajo la vigilancia de una muchacha, el algodón se convierte en tela con más presteza de que lo hicieran centenares de hilanderas diligentes y robustos tejedores con sus telares movidos a mano; si hubiere visto martillos a vapor dando forma a capiteles inmensos y a enormes áncoras, y maquinaria delicada haciendo relojes diminutos; el taladro de diamante cortando las duras rocas, y el aceite mineral sustituyendo los productos de la ballena; si hubiese calculado la enorme economía en el trabajo que resulta de las mayores facilidades en el cambio y de las comunicaciones perfeccionadas; ovejas muertas en Australia y comidas frescas en Inglaterra, y la orden dada por un banquero de Londres por la tarde ejecutada en San Francisco por la mañana del mismo día; si hubiese podido concebir el sinnúmero de mejoras que estos espectáculos sugieren, ¿qué consecuencias habría deducido sobre las condiciones sociales de la humanidad?

“No una deducción, sino la visión de una realidad maravillosa y grande, hubiera surgido ante sus ojos.

“Con la fuerza de la imaginación hubiera visto que estas nuevas fuerzas elevaban la sociedad desde sus cimientos, sacando de la posibilidad de la miseria a los más pobres, y arrebatando de la ansiedad de las necesidades materiales a los más bajos; hubiera visto a esos esclavos de la ciencia emancipando la humanidad de la maldición tradicional, a esos músculos de hierro y nervios de acero convirtiendo la vida del más pobre jornalero en un día de fiesta, en el cual toda alta cualidad y noble impulso hallaría espacio en que crecer.

“Y de esta espléndida situación material habría visto salir, como sus naturales consecuencias, condicio-

nes morales, realizando la edad de oro que siempre ha soñado la humanidad. ¡La juventud ya no raquítica y hambrienta; la vejez no maltratada ya por la avaricia; el niño dominando al tigre; el hombre de condición más humilde embriagándose en la esplendidez de las estrellas! ¡Desaparecida la suciedad, la fiereza trocándose en mansedumbre, la discordia en armonía! ¿Cómo sería posible la codicia donde todos tuvieran lo suficiente? ¿Cómo existir el vicio, el crimen, la ignorancia y la brutalidad que provienen de la miseria y del temor de ella, donde ésta hubiese desaparecido? ¿Quién adularía donde todos fuesen libres? ¿Quién oprimiría donde todos fueran iguales?" (1)

Sin embargo, la realidad dista mucho de responder a las justas predicciones que pudieron hacerse; no hay continente, país, provincia, ciudad o aldea, donde un clamoreo general de descontento no anuncie claramente que las condiciones económicas de todas las clases sociales empeoran rápidamente, sin que sea posible en apariencia detener la ola gigantesca que todo lo amenaza.

Desde el propietario de inmuebles, víctima por un lado de la desvalorización efectiva de su propiedad y por el otro de los crecientes impuestos que el Estado le inflige, hasta el miserable peón que ve disminuir su salario y aumentar el costo de los artículos de primera necesidad, todos son o creen ser víctimas de la hecatombe económica.

El Estado, el mayor de los grandes propietarios y el más gigantesco de todos los capitalistas, ha emprendido su obra de absorción y continuamente concentra todas las grandes fuentes de la productividad.

A las empresas privadas, incansables perseguidoras de un interés cada vez menor, se sustituye la gran empresa oficial; el banco, el ferrocarril, los canales, las aduanas, los telégrafos, las industrias lucrativas, pasan a ser exclusivo privilegio del Estado y la acción individual se esteriliza por ser incapaz de resistir su competencia.

(1) "Progreso y miseria", Enrique Georges, pág. 5.

Y lo que pasa con el Estado respecto a los grandes capitales sucede con éstos respecto a los pequeños, con éstos respecto al industrial, y con éste respecto al obrero independiente.

De esa gradual lucha de competencia favorecida en especial manera por el perfeccionamiento de la maquinaria, por la introducción del vapor y la electricidad, por la aplicación colectiva de la acción manual, ha resultado el campo de Agramante actual, en que, no la lucha por la existencia, sino la lucha por la destrucción del competidor, lleva la cuestión económica al terreno de la miseria.

El triunfo de los grandes capitales en su lucha contra los pequeños es, fuera de toda duda, el fenómeno más positivo que nos revela el gran conflicto económico universal; la superioridad, en clase y cantidad, de los medios de producción pone al más fuerte en condiciones de destruir al pequeño capitalista sin pérdidas que le sean sensibles: el perfeccionamiento de las maquinarias y la disminución de los salarios de los obreros le permiten, junto con la mayor división del trabajo, obtener el producto a un precio menos elevado cuanto mayor es el capital. (1)

Obtenido en esas condiciones el producto a menor precio puede, sin disminuir su interés, ofrecerlo por menos valor a los consumidores, quienes encontrando en ello un beneficio lo consumen, disminuyendo o suprimiendo la demanda del pequeño capitalista que sucumbe por inanición.

De ese sistema de competencia resulta un desarrollo industrial aparentemente beneficioso; pero junto con la disminución del valor intrínseco del producto, debido a que el perfeccionamiento de las maquinarias requiere menos tiempo de trabajo para la producción, no viene el aumento de consumo proporcional, resultando que

(1) Dedúzcase siguiendo esa proporción con qué disminución de actividad y esfuerzo podrá la humanidad producir más de lo que necesita para su consumo, cuando desapareciendo los capitales individuales exista un solo capital social igual a la suma de todos ellos y que pertenezca a los productores mismos.

las máquinas y en general todos los medios de producción quedan sin funcionar, esterilizándose todos los productos que en ese tiempo de inmovilidad pudieran producirse en beneficio social.

En esas condiciones desaparece por completo la figura del industrial, y la industria queda incluida en el capital, siendo hoy exclusivo privilegio de la clase capitalista; los que forman esta clase sujetan y limitan las fuerzas industriales a su propia conveniencia, es decir, a la conservación y aumento de su interés, limitando la productividad de las fuerzas de producción con sujeción a la demanda y no con arreglo a las necesidades sociales. Este hecho constituye lo que los juristas de Oriente llamaron delito contra la sociedad, constituyendo los delincuentes al amparo de la legislación burguesa lo que Fourier acertadamente llamó **Feudalismo industrial**.

Bajo su dominio ha desaparecido también el comerciante, desdoblándose en capitalista o en proletario. Pudo, en efecto, existir el comerciante en épocas en que la actividad y el riesgo personal hallaban ancho campo a la transacción altamente beneficiosa de los productos ajenos; el riesgo de trasladarse a las Indias orientales u occidentales en busca de un mercado era compensado por un extraordinario interés en la operación; hoy faltan mercados para extender el consumo y la acción personal no puede lógicamente conseguir lo que los gobiernos burgueses no obtienen a sangre y fuego en el corazón del África: la creación de nuevos mercados de consumo.

El comerciante, hemos dicho, que en la actualidad puede ser solamente capitalista o proletario. El alto comercio es tal y subsiste en ese carácter mientras está provisto de capital o su equivalente, el crédito; el pequeño comerciante es un proletario que desempeña el rol de facilitador de la venta del producto, distinguiéndose del corredor circulante asalariado en que tiene cierto pequeño capital empleado en la instalación de un lo-

cal fijo para sus transacciones; sus utilidades representan un salario proporcional regulado por la cantidad de productos que expende. Está muy lejos de ser, como se ha dicho, un simple explotador que exige un interés por su intervención en las transacciones; es un obrero cuyo trabajo está representado por las manipulaciones, atenciones y trabajo material que suelen requerir las ventas al menudeo.

Junto al gran fenómeno de la concentración económica manifestada por el continuo y abrumador engrandecimiento de los grandes y la ruina cada vez mayor de los pequeños, aparece la gigantesca sombra de los caídos en la lid más positiva entre los poseedores de los medios de producción y los que sólo disponen de su esfuerzo intelectual o material: la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado.

Las clases intermedias y las medias tintas sociales desaparecen rápidamente, e introduciendo la metáfora en la economía podremos sin vacilaciones afirmar que siendo el proletario intelectual o manual el ahorcado, el pequeño propietario y el pequeño comerciante son los candidatos para la horca.

Esa lucha de clases, que la actitud de la burguesía justifica, representa, no el odio de una fracción de la especie humana contra la otra, sino el antagonismo de dos factores de la producción universal que pretenden mutuamente sobreponerse: el uno quiere perpetuar el sistema de la explotación, el otro quiere implantar el reinado de la Justicia.

¿Cuáles son las causas de ese mal que en el interés de todos está subsanar? ¿Cuáles son los medios de suprimirlas?

En la mala organización económica actual de la sociedad debemos buscar ese origen, pues vano sería pretender llevar a cabo una evolución con sólo abolir los efectos, dejando las causas que los engendrarían infaliblemente y nos volverían a colocar en las condiciones precedentes. Siendo los factores que regulan la produc-

ción universal (1) el capital y el trabajo, en sus relaciones es necesario encontrarlas.

De esos dos factores, el uno (capital) representa los medios de producción o instrumentos de trabajo, de que necesariamente debe valerse el otro (trabajo) para originar los productos, resultando el vasallaje del trabajo que debe estar sometido, ante su impotencia para producir aisladamente, a la conveniencia del capital.

La introducción de la maquinaria, como propiedad individual, ha modificado con el aumento en la producción las condiciones mutuas de ambos factores. Aumento de producción permaneciendo constante el consumo (2) significa aumento en la oferta y lógicamente disminución en la demanda, de lo cual se origina una primera disminución de los salarios. En seguida la superabundancia de productos y la perfección de las maquinarias con disminución del número de obreros empleados, origina una oferta de brazos que imprime un descenso más poderoso aún al termómetro del salario.

Y no se crea que allí se detiene la catástrofe de este último; la entrada de la mujer a cooperar en la producción no significa más que un aumento en el número de competidores con desastrosas consecuencias para el proletariado en general, aparte de que la explotación económica ha sentado también sus reales entre la infan-

(1) Numerosos economistas burgueses suelen admitir tres factores de producción: tierra, trabajo y capital, reconociendo la repartición del producto en tres partes: renta, salario y una tercera interés, que algunos llaman beneficio o utilidad cometiendo una "sinécdoque".

Nosotros consideramos que solamente existen dos grandes factores de producción, comprendiendo el uno los medios de producción y el otro las fuerzas de aplicación: capital y trabajo. La tierra, siendo un medio de producción (el más importante), entra en la acepción de capital, y la renta no es más que una forma de interés.

(2) El descrédito en que ha caído por su propia incoherencia la conocida ley de Malthus nos ahorra el insistir sobre este punto. Recordamos solamente que esa ley es falsa en primer término no porque la población no aumenta en proporción geométrica según nos demuestra la historia; y, en segundo lugar, porque la cantidad de productos no aumenta en proporción aritmética, y prueba de ello los descubrimientos de maquinarias que permiten elaborar en un minuto lo que ha pocos años requería días de trabajo. Finalmente, porque aún siendo cierto que la población aumentara en dicha proporción, en la misma aumentaría el número de productores y consiguientemente (prescindiendo del perfeccionamiento de los medios de producción) la cantidad de productos.

cia, realizando el hecho más indecoroso que pudo cumplir jamás sociedad alguna: se arranca el libro al niño para hacerle empuñar la herramienta y colocarle frente a su padre en la gran lucha sin cuartel de la competencia en el trabajo.

Hallándose acumulada la propiedad de los instrumentos de trabajo en manos de la clase burguesa, ésta se encuentra con los medios que necesita la clase productora, quien no pudiendo adquirirlos los utiliza dejando a la clase capitalista una parte de lo que ella exclusivamente produce (interés).

¿Cuál es en este caso el trabajo efectuado por un capitalista para tener derecho a esa parte de productos? Ese trabajo, en el caso de existir, ¿por qué producto está representado? Indiscutiblemente, por ninguno; luego no ha habido trabajo, pues no puede racionalmente admitirse un trabajo improductivo. (1) En esa forma el capital reduce su misión a apropiarse indebidamente de una parte de los productos del trabajo de la clase obrera.

Suele objetarse que el interés no es más que una compensación por los riesgos del capital, pero si los medios de producción que él representa fueran de propiedad colectiva, serían colectivos los riesgos y nadie individualmente podría ser por ellos perjudicado.

Por otra parte, actualmente el interés suele en todos los casos ser mayor que los riesgos y, por consiguiente, hay de igual manera apropiación del producto del trabajo ajeno.

Para justificarla se ha inventado el seductor sistema de los salarios por dirección, que son una relativa recompensa cuando existe ese trabajo. Pero ocurre aquí preguntar: ¿cuál es el trabajo de dirección que efectúan los accionistas londinenses de las grandes empresas de la Argentina y de la India? Téngase presente que entre los accionistas de las sociedades anónimas es corriente no saber dónde ni cómo están vinculados sus capitales; suele bastarles conocer a cuánto ascienden los dividendos.

(1) El dedicarse a trabajos improductivos es una prueba característica de la demencia. Lombroso. — "Genio e Follia".

Desconceptuados, pues, los riesgos y los salarios de dirección, debemos aceptar la definición del interés que dan otros economistas también de la burguesía: interés es la ganancia por el uso del capital. Háganse colectivos los medios de producción y se habrá evitado de pagar ese moderno diezmo que representa el latrocinio de unos pocos en los productos de la clase trabajadora.

Suprimir, pues, ese interés es el problema que encierra la solución de la cuestión social, dejando a los productores el producto de su trabajo.

Para suprimirlo, una sola vía se ofrece a los economistas: la transformación de la propiedad individual de todos los medios de producción en propiedad colectiva o social. Con esa sola fórmula es posible evitar la apropiación de un interés, y, por tanto, a su realización deben cooperar todos los hombres amantes de la justicia y de la igualdad.

La crisis avanza mientras tanto con vertiginosa rapidez, envolviendo en su luctuoso manto a toda la especie humana sin respetar nacionalidades ni fronteras; arrojando sus dardos contra el capitalista arruinado por la quiebra de la sociedad anónima o por la fluctuación rápida de los títulos en la bolsa, y contra el obrero que en las puertas del taller espera que crujan las ruedas de la máquina cuando la demanda exija un aumento de la producción.

En presencia de esa gran crisis, verdadera debacle económica, debemos calcular cuáles beneficios nos reportaría un organismo social en el cual no permanecieran grandes almacenes repletos de productos que no encuentran comprador a precios remunerativos, frente o ejércitos de hambrientos desocupados que levantan su pendón rojo con la insignia: pan y trabajo; en cuyo seno no se anidarán millares de seres prostituídos por el ocio y la ignorancia, frente a minas que no funcionan, campos que nadie siembra y talleres que disminuyen el número de sus obreros; un organismo social, en fin, en que nadie se arruinara por tener un exceso de productos almacenados sin encontrar quién pueda consumirlos, y

en que nadie tuviera que ceder una parte de su trabajo al poseedor de los medios de producción y que sacrificarse en aras de una competencia industrial que no tiene absolutamente razón de ser.

III

SOCIALISMO

Propiedad colectiva de los medios de producción.
Libre disposición individual de los productos del trabajo.
Manutención de los inhábiles por la colectividad.

Lastimera confusión reina en el campo económico respecto a los sistemas que pudieran en el porvenir evitar las grandes incongruencias que afean el decrepito edificio de la organización burguesa.

Se ha pretendido combatir al Socialismo con artificiosos argumentos, y lo único que se hace es combatir al monacal Socialismo de Estado a o los Falansterios y Utopías de los Fourier y los Moore; ni han faltado tampoco anarquistas de salón que, sin ruborizarse de ser al propio tiempo individualistas y comunistas, han tenido el ardid, en su ignorancia de lo que es colectivismo, de razonar con mucho aplomo de "Salario Colectivista", formando una escuela de soi-disant anarquistas que, conquistando el pan, usan de tales el nombre sin poseer en ningún caso las ideas.

Consta la suma del haber social de dos grandes factores de que la humanidad puede disponer: 1.º Medios productivos naturales y sociales (materias primas, fiel globo, fuerzas naturales, maquinarias, etc.), o capital (suma de los valores de esos medios de producción); 2.º Trabajo (acción de la especie humana para conocer, apropiarse y utilizar esos medios) o producto (suma de los valores de lo originado por la acción del trabajo). En las condiciones económicas presentes y más aún en las futuras la acción humana para ser suficientemente productiva debe además utilizar las llama-

das fuerzas económicas (división, asociación, cooperación del trabajo, etc.), que requieren para ser eficazmente aplicadas la acumulación de ambos factores, siendo la acción individual cada día más suplantada por la acción colectiva.

La posesión de los medios de producción o capital que el factor trabajo necesita para producir, puede revestir ante la sana economía solamente tres formas, constituyendo sus defensores tres distintas escuelas netamente deslindadas entre sí, y que deben ser necesariamente intransigentes porque son antagonistas.

Propiedad individual, propiedad corporativa y propiedad colectiva o social.

La primera de ellas cuyos perjudiciales efectos palpamos en la actual crisis universal puede, sin embargo, revestir otra forma según que se acepte el hecho consumado o se pretenda nivelar las condiciones sociales antes de adoptarla. En el primer caso, tendríamos sin modificación la actual burguesía (véase capítulo anterior); en el segundo... risum teneatis... tendríamos la repartición de la riqueza.

Admitamos por un momento la posibilidad de practicar este segundo expediente y de efectuar con equidad el bienaventurado reparto; los inhábiles al trabajo estarían imposibilitados a aplicar en ninguna forma una acción personal que por causas congénitas o adquiridas no poseen, viéndose así obligados a ceder los medios de producción que en el reparto les correspondieran en cambio de una cantidad de productos elaborados por otros y que ellos deberían consumir para conservar su existencia. Andando el tiempo los más hábiles y los más fuertes habrían acumulado todos los medios de producción que los inhábiles les hubieran cedido, quedando de hecho erigidos en nueva burguesía con iguales atribuciones, autoridad y derechos que la actual.

Eso sucedería infaliblemente colocándonos en el mejor de los casos; es decir, que el reparto fuese equitativo, que todos los individuos hábiles al trabajo se dedicaran a él no prefiriendo el ocio al esfuerzo, y que no

predominaran la violencia y la fuerza bruta trayendo la expropiación de los débiles.

Volviendo, pues, al estado actual no cabe duda que idénticos defectos debería tener la sociedad nacida del reparto; no vendría a satisfacer el primer requisito que debe llenar toda reforma que pretenda solucionar la cuestión social, pues no suprimiría en manera alguna la división de la sociedad en clases.

La propiedad corporativa de los medios de producción puede también revestir dos formas distintas, pero igualmente deficientes.

Una de ellas consistiría en la organización de las corporaciones de oficios bajo la protección del Estado quien les aseguraría la propiedad de los medios de producción. Estos serían inalienables y sustituibles (por intermedio del Estado) previo pago de su valor, y el Estado vigilaría que nadie pudiera individualmente ejercer semejante oficio, sin estar inscripto en la corporación correspondiente.

Este sistema es en un todo idéntico al de las corporaciones que tan en boga estuvieron entre los pueblos anglosajones desde el siglo XII al XV y que eran el refinamiento de un sistema de esclavitud colectiva fundado en la supresión absoluta de la libertad del trabajo.

Admitiendo que una o varias corporaciones implantaran este sistema, ningún beneficio reportaría a la humanidad, y la solución de la Cuestión Social no habría adelantado un paso, pues semejante absurdo económico presupone la existencia de un Estado con una autoridad, y de una imposición, admitiendo, en suma, dos clases sociales tal como hoy las admite la burguesía.

La segunda forma, un tanto más racional que la anterior, y en alto grado fascinadora para los profanos de la ciencia económica, tiene el gran inconveniente de adolecer de todos los defectos que caracterizan al sistema individual.

Consiste en la sustitución de la propiedad individual de los medios de producción por la corporativa, con abolición del Estado y autoridad y la organización y administración de la sociedad por los delegados o re-

presentantes de las corporaciones, quienes establecerían el canje de productos de acuerdo con la oferta y la demanda sociales.

En este sistema se sustituye la competencia entre individuo e individuo, por la guerra entre corporación y corporación; se transformaría la transacción universal en campal batalla en que las corporaciones poderosas subyugarían a las débiles, gracias a la mayor acumulación de ambos factores de producción, y se engendrarían desigualdades que habrían de ser sin duda cuna de clases sociales con opuestos intereses y encontradas aspiraciones.

Dada la insuficiencia de esas formas de propiedad de medios de producción, sostiene el Socialismo Científico que esa propiedad debe revestir la forma colectiva, es decir, que todo lo que todos necesiten para producir debe pertenecer a la colectividad humana, teniendo sus miembros derecho al uso de esos medios de producción y sin que ningún individuo o agrupación pueda adquirirlos en propiedad y, por consiguiente, enajenarlos.

Generalizados los medios de producción y siendo su uso accesible a todos los individuos de la especie, nadie se verá obligado a dejarse apropiar un interés, desapareciendo, por consiguiente, toda explotación.

Lógica consecuencia de la transformación del sistema propietario, la desaparición de las clases sociales, y la transformación de la humanidad en una sola de individuos con iguales derechos ante los medios de producción y con iguales deberes respecto a los demás individuos.

Teniendo libremente a su disposición los instrumentos de trabajo, los hombres tendrán la libre disposición de lo que produzcan, que representará trabajo y que será individual con el fin de garantizar la acción y la libertad personales. Estos productos individuales con cuya libre disposición se deja al productor la libertad para obrar de acuerdo con su voluntad y su conveniencia, no pueden en manera alguna perjudicar a la colectividad, pues no pudiendo producir interés no pueden en-

gendrar una desigualdad real entre los individuos, ni ser base de una explotación agrícola o industrial.

Su acumulación en manos de un individuo sería un beneficio para la colectividad entera, que a su muerte sería beneficiada por un aumento extraordinario en la cantidad de productos a consumir. (1) Puede solamente objetarse que alguien acumularía con trabajos extraordinarios una cantidad de productos (o de algún equivalente que los representara) tal, que le permitiera pasar largos años de holganza; sin embargo, es de advertir que la suma de lo acumulado no sería ni más ni menos que la suma de lo producido por el individuo, y, en consecuencia, lo que en la época de inactividad pudiese consumirse sería exactamente igual a lo que hubiese producido.

No puede haber, como pretenden nuestros enemigos, los individualistas, creación de nuevos capitales por acumulación de productos, pues el capital representa la acumulación de los medios de producción y en ningún caso de los productos. Sólo por ignorancia o por afán de engañar puede formularse semejante objeción. Además es necesario considerar que si actualmente el trabajo es una tortura, por la expoliación que entraña y porque engendra una relativa inferioridad, ese deseo de holgazanear es justificado; mas no podrá existir en una sociedad más justa, donde el trabajo intelectual y material será generalizado, atrayente, honroso, de escasa duración, bien recompensado, y donde por la fuerza de los hechos la holgazanería será aburridora y deshonorosa.

Habrá, indudablemente, entidades, individuales o corporativas, que acumularán productos o su equivalente para luego dedicarse por completo a estudios filosóficos, sociales, literarios, económicos, científicos, etc.; a ellas corresponderá el agradecimiento social, pues serán las propulsoras de la humanidad en el sendero del progreso y la ciencia con beneficios indiscutibles para la sociedad entera.

(1) Es lógico que en un organismo social en que la colectividad diera a todos los individuos hábiles los medios para desenvolver sus aptitudes, la herencia no tendría en ninguna de sus formas razón de ser.

El estímulo que hoy aguza los talentos con fines puramente especulativos, mañana revestirá la forma de competencia en beneficiar a todo el organismo social; será mayor el número de aquellos que se dedicarán a investigaciones altamente útiles cuando nadie deba circunscribir sus aptitudes por falta de instrucción o por falta de medios de subsistencia.

¿Quién puede concebir hoy el desarrollo de las ciencias en una época en que todos los aptos podrán dedicarse a ellas? Y como las ciencias, todas las ramas de la intelectualidad humana alcanzarán un desarrollo que hoy es utópico calcular.

Dos escuelas opuestas, la individualista y la comunista (burguesía y anarquía), sostienen que el Colectivismo está en desidencia con las modernas doctrinas sobre la evolución de las especies y sobre su selección por supervivencia de los más aptos.

Examinando las condiciones de desenvolvimiento que la actual organización (individualista) ofrece al individuo, tendremos demostrada la incoherencia de la primera escuela al formular la objeción.

Una parte de los seres humanos nacen rodeados de atenciones, higiene, medios de subsistencia e instrucción que le son necesarios para su perfecto desenvolvimiento, y al ingresar en la especie encuentran que otros han acumulado lo que ellos necesitan para subsistir: ya por herencia, ya por astucia en la apropiación de los productos del trabajo ajeno. Otra parte, la más numerosa, quizás el 80 %, inicia su existencia como factor social con lactancias escasas por extenuación del ser madre, con el mayor descuido en lo que a la higiene y educación se refiere, y como consecuencia de esa falange de enfermedades que engendradas por la no observancia de los preceptos higiénicos hace sucumbir una parte muy sensible de la infancia, que no viene a tener participación en la constitución y selección de la especie.

En tales condiciones, ¿quién puede imaginar una verdadera selección natural con supervivencia de los más aptos? Nadie pretenderá sostener que la primera fracción de individuos se encuentra en igualdad de condicio-

nes que la segunda; aquéllos nacen con el triunfo anticipado por las condiciones en que la lucha se les presenta. Es indiscutible que no puede desarrollar sus facultades intelectuales el que debe desde la infancia someterse al salario y no puede costear los estudios valiosos que son hoy el privilegio de unos pocos; las fuerzas físicas no pueden encontrar medios de desenvolverse cuando se carece de alimentación suficiente, vestidos, gimnasios, y tiempo para cultivarlas; finalmente, no pueden educar el sentimiento moral los que se inician en la existencia entre miserias y vilezas que, desde la promiscuidad en la habitación hasta la humillación en la servidumbre doméstica o industrial, prostituyen el sentimiento de lo noble y de lo bello.

Lo que actualmente se realiza es única y exclusivamente una selección artificial con supervivencia de los más provistos de medios de lucha, como resultante de la desigualdad en las condiciones económicas. La selección natural puede solamente efectuarse entre individuos que tengan iguales medios de acción; de dos contendientes, uno desarmado y el otro provisto de un arsenal bélico, este último triunfará indefectiblemente.

La escuela comunista olvida al estrechar la mano al individualismo burgués, que no puede haber selección natural, ni siquiera artificial, en un organismo donde la actividad común se confunde y en que las aptitudes individuales caen víctimas de la comunidad de los productos engendrados por la acción personal o asociada.

Quitando al individuo productor la libre disposición del producto de su trabajo se comete el más vergonzoso de los atentados contra la libertad individual, base granítica del edificio de la solidaridad colectiva. A la opresión del burgués o del capitalista se sustituye la opresión de la comunidad.

Ejerciendo esa coacción sobre la libertad del individuo, que es tal libertad desde el momento que no perjudica la libertad ajena, se impide el libre y completo desenvolvimiento de las aptitudes, y no puede admitirse que existan individuos que sostengan concienzudamente

ideas que encierran una contradicción respecto a las leyes naturales que la ciencia ha comprobado.

Sostener que la comunidad debe usar y disponer de los productos engendrados por la colectividad social con el fin de no crear desigualdades, es un absurdo evidente si se considera que esos productos no pueden convertirse en medios de producción, ni producir un interés. No hay, pues, causa alguna que justifique semejante atentado contra la libertad de cada productor. (1)

Suele creerse, especialmente entre la burguesía, que la escuela comunista es más adelantada sociológicamente que la colectivista; no puede ni debe perpetuarse esa creencia, que es un monstruoso absurdo social.

El comunismo es la escuela que veinte años ha prevaleció entre el proletariado a causa de que los estudios sociales se hallaban en estado embrionario y que no había podido aún encontrarse un sistema económico que asegurando la libertad de cada uno en la disposición del producto de su trabajo, asegurase al propio tiempo la imposibilidad de cualquier explotación agrícola e industrial impidiendo la formación de clases sociales desiguales ante los medios de producción.

El Socialismo Científico, defensor de la escuela colectivista, da a todos los individuos de la especie humana la propiedad colectiva de los medios de producción que, con la asociación libre en el trabajo, asegura la solidaridad humana, excluye la explotación del hombre por el hombre, y coloca a todos los individuos en condiciones igualmente favorables para desarrollar libremente sus aptitudes; con la libre disposición de los productos del trabajo la independencia y el albedrío personales quedan asegurados, el libre desenvolvimiento hará sobresalir en beneficio común a los que estén provis-

(1) Suele objetarse que con la libre disposición de los productos del trabajo se podría engendrar una clase inferior, formada por aquellos que se hallasen en la imposibilidad de producir lo que para su existencia necesitan. El colectivismo instituye como deber social la manutención de los inhábiles al trabajo, por parte de la colectividad.

tos de mayores aptitudes, y se realizará una vez para siempre la fórmula de los más nobles economistas: A los productores, el producto de su trabajo. (1)

IV

AUTORIDAD, RELIGION, INSTRUCCION, etc.

La autoridad política creada y sostenida por las clases explotadoras de todas las edades y hoy por la burguesía, está destinada a desaparecer para ser sustituida por una organización social, que en sus detalles es imposible prever, pero que nacerá de la conveniencia de todos los hombres, por general consentimiento, y que probablemente afectará de un modo especial los servicios públicos y la regularización de los trabajos que requieren el empleo de las fuerzas de asociación y cooperación con el fin de aumentar y mejorar la producción en beneficio de los mismos productores.

Ciertos doctores, dice Graham Summer, de la sociología se hallan bajo el imperio de la superstición del gobierno, y olvidando que un gobierno nada produce, pierden de vista un hecho que siempre debe recordarse: que el Estado no puede dar un céntimo a un hombre sin sacar ese céntimo a otro, y que este último es el hombre que ha producido y que ha ahorrado el céntimo.

Consecuentemente el Estado político no productor bajo el punto de vista económico puede solamente crear una estirpe de estériles consumidores, y debe necesariamente ser sustituido por una organización que si no será directamente productora, aumentará indirectamente la producción regularizándola y mejorándola.

(1) Todos los defensores del proletariado, sin distinción de escuelas, son víctimas de un error que les hace incurrir en manifiesta contradicción con sus propias doctrinas: pretenden dar a los productores el producto "íntegro" de su trabajo. ¿Y de dónde sacarán los productos necesarios para la manutención en instrucción de los niños, de los inhábiles al trabajo y de los ancianos?

O no existirán esos deberes sociales o no podrá darse a los productores el producto "íntegro" de su trabajo.

Adóptese consiguientemente en el porvenir una fórmula que exprese la deducción debida a los cargos sociales, para impedir en todos los socialistas una posible autosugestión que luego los burgueses nos echan con frecuencia en cara.

Aunque no militamos en las filas más avanzadas del socialismo hacemos constar nuestra protesta contra algunos comités que en sus declaraciones de principios afirman que el Partido Socialista aspira (como fin) a la "posesión del poder político por la clase trabajadora". Convencidos de que la organización como partido político es el medio más racional y positivo para arribar al triunfo de los ideales de nuestra escuela, creemos también que cuando el socialismo se haya impuesto, por la fuerza que emana de la convicción y de la evolución del orden social (que puede alcanzar su período álgido en la revolución), será su obra la destrucción de toda autoridad política coronando así su obra emancipadora.

Entendemos que esa declaración es una ligereza imperdonable, pues está en contradicción con el principio socialista que proclama la abolición del dominio del hombre sobre el hombre. Si sostenemos la abolición de la autoridad política, ¿cuál será el poder político que poseerá la clase trabajadora?

Esperamos la respuesta de todos los pseudo-socialistas que tienen esa aspiración.

Suele, por desgracia y como efecto de un error habilidosamente inculcado en las masas, confundirse en la noción de gobierno dos ramas distintas en su fin y en sus formas, que la burguesía ha unido para hacer más racional su tiranía: autoridad y organización.

La primera de ellas es la negación de la libertad, de la igualdad, del derecho, de la razón y del libre albedrío. La segunda es necesaria, pues sin ella, en las actuales condiciones de progreso, es imposible no desperdiciar gran parte de fuerzas productivas, que con su aplicación regular pueden beneficiar colectivamente a todos los productores.

Por eso, somos partidarios de la supresión de la autoridad erigida con fines políticos y con tendencia de dominio (aunque los pseudo-anarquistas nos llaman autoritarios y mistificadores), al mismo tiempo que en toda forma y manera predicamos y auspiciamos la organización sin la cual no puede haber instituciones estables.

Bajo otro concepto se ataca al socialismo levantando

do la calumniosa acusación de que es partidario del parlamentarismo y que perpetuará, por consiguiente, la existencia de clases dominantes y dominadas; remitimos a los que padecen de un exceso de excitabilidad al capítulo V donde trataremos de explicar la conveniencia para el proletariado de usar ese medio que la burguesía pone por obligación a nuestro alcance.

Partidarios decididos de la legislación directa, no debemos ni podemos sin perjudicarnos abandonar ese medio de propaganda y de mejoramiento social, que hoy tenemos a nuestra disposición, sin dejar por eso de luchar en pro de todo sistema u organización que consideremos más perfecto o avanzado.

*

* * *

Las religiones seguirán el curso invariable que la ciencia les ha señalado con matemática precisión.

Si llegan a existir, en la sociedad futura serán completamente independientes y la libertad de cultos será amplia sin privilegios para religiones determinadas.

La razón y el albedrío individual deben ser los únicos mentores en materia religiosa y toda propaganda que en cualquier sentido puedan hoy hacer los socialistas es en nombre personal; es un mistificador todo el que la haga en nombre del partido, tratándose de una cuestión puramente individual.

En virtud, pues, de esa misma libertad de pensar que los socialistas proclamamos en alto grado, debe protestarse contra el ridículo socialismo católico que bajo el manto de la redención es el obstáculo que, junto al socialismo de Estado, aleja el día de la emancipación social con sus regresivas contemporizaciones.

Si fuera admitido a figurar como verdadero socialismo en el campo de las investigaciones sociológicas, nos veríamos mañana con un probable socialismo protestante, uno judío, uno espiritista, uno mahometano... etc. Reivindiquemos, pues, con la ciencia y la razón el extravío de la conciencia humana, que llega a ser vil sierva de inquisidores y monomaniacos invocantes el nom-

bre de seres cuya existencia está en la conciencia individual analizar.

En esos conceptos debe informarse la propaganda socialista, y como socialistas tenemos el deber de combatir todo lo que encierre una mistificación o entrañe un absurdo, demostrando o no los fundamentos ridículos de las religiones y las creencias que se perpetúan por ignorancia hereditaria entre los apóstoles elaborados en la escuela de la inconsciencia.

Ser socialista significa anhelar conocer la verdad pura y sin ambages, y por eso la discusión religiosa debe ser en nuestra época tomada en gran consideración, sin tener, sin embargo, derecho alguno de objetar en pro o en contra en nombre de la escuela o del partido.

*

* *

La instrucción en la futura organización de la sociedad partirá del sano principio de su proporción con la capacidad del individuo y no de su limitación de acuerdo con los elementos pecuniarios de cada uno.

Hoy nos simulamos una enseñanza gratuita falsísima, porque es mirada de un punto de vista erróneo y fundada sobre bases inexactas. Se dice constantemente: "No estudia el que no quiere, pues las escuelas primarias son gratuitas y el alumno pobre recibe los libros y útiles de estudio". Pero observemos quiénes son los padres de los niños pobres y veremos cuáles son las causas que esterilizan esa enseñanza gratuita. Por regla general el obrero suele tener a su cargo numerosa familia, y el escaso salario que recibe no le permite vestir bien a sus niños (sin cuyo requisito no son admitidos en las escuelas primarias) ni apenas alimentarlos, viéndose, en consecuencia, obligado a emplearlos con el objeto de que ganen su alimento y un reducido salario para vestirse.

Estos niños que hasta hace 15 años no habían entre nosotros sentado plaza en las industrias, hoy comienzan a intoxicarse, corromperse y extenuarse en los grandes talleres, al propio tiempo que en el servicio doméstico se instila en ellos el servilismo y se deprime el sentimiento de la dignidad humana.

Esos pequeños obreros que por su corta edad son menos retribuidos que sus padres, inician contra ellos una competencia desastrosa cuyos efectos suelen siempre manifestarse por la baja de los salarios (1); resulta un empeoramiento de las condiciones obreras que dificulta aún más la manutención por parte de los padres y que acentúa la ignorancia, que se transforma gradualmente en idiotismo hereditario.

Varios años ha, Varlin, el heroico mártir de la insurrección proletaria del 71, arrojaba su anatema contra la actual instrucción primaria gratuita.

¿Hay, decía, suficiente número de escuelas para que todos los niños puedan recibir la instrucción primaria? (2) No.

Y recibida esa instrucción primaria, que sus padres no poseen, ¿pueden recibir la instrucción secundaria? No. La familia es impotente para proporcionársela.

¡Entrégame tu niño!, clama la competencia industrial a la familia; y los pseudo-obreros de ocho años agotan su vitalidad en las minas y en los talleres.

Los derechos del niño son más sagrados, si es posible, que los derechos del hombre. Habitación, vestidos, nutrición sana, educación proporcionada a sus facultades, y la instrucción, creadora del sentido de lo bello, todo se le debe! Y si la familia no tiene suficientes medios para llenar ese deber, la sociedad tiene que acudir en su ayuda invirtiendo el equivalente de lo que el niño pudiera producir. Tan sólo cuando así sea la sociedad tendrá el derecho de castigar, pues recién podrá decir al culpable: tu libre albedrío no ha sido pervertido desde tu cuna.

Entendemos que la instrucción debe ser el eje sobre el cual debe evolucionar el niño para llegar a ser un

(1) Los salarios en la actualidad representan el minimum necesario para la subsistencia del individuo-productor. Por consiguiente, el descenso del salario debe necesariamente manifestarse por una reducción progresiva de "minimum de subsistencia", que en ciertas regiones de Italia, Hungría y España está hoy representado por cantidades escasísimas de cereales y algunas otras clases de vegetales que no tienen aceptación en los mercados de consumo.

(2) En las escuelas primarias de la parroquia de San Juan Evangelista han sido rechazados este año unos 150 niños. Lo mismo en las otras.

hombre con decoro y amor propio, y que sólo por su intermedio podremos transformar a la especie humana en manera de hacerla digna del bienestar que la evolución económica le ha señalado.

A la enseñanza primaria sucederá la instrucción profesional o científica, según las aptitudes. El joven instruido y educado tendrá a su disposición ya el útil de trabajo para ser un consciente obrero, ya el caudal científico con que beneficiará a la sociedad por los frutos de su perfeccionamiento intelectual, el descubrimiento de las leyes naturales, y la creación de nuevas fuerzas de producción.

*

* *

La familia entendemos los socialistas que debe tener por base la **unión libre** que no debè confundirse por ningún concepto con el **amor libre**. (1)

La familia es la asociación de dos personas de sexo diferente, impelidos por esa ley natural que hace del hombre y de la mujer dos seres destinados a unirse para la propagación y el perfeccionamiento de la especie.

(2) Atraídos por un mutuo afecto los dos seres se asocian para pasar toda su vida unidos, consagrarse el uno al otro y educar los nuevos seres nacidos de su unión.

La familia como las demás instituciones humanas tiene un **principio** inalterable, que consiste en la necesidad de la unión del hombre y de la mujer para la propagación y el perfeccionamiento de la especie humana, y en segundo término una **forma** que ha variado infinitamente a través de los siglos.

Diderot dice que han existido más de tres mil formas distintas de matrimonio, desde el amor libre (promiscuidad) hasta el matrimonio forzado entre desconocidos para conservar la pureza de la sangre aristocrática.

La forma que los socialistas tendemos a implantar

(1) La frase "amor libre" suele desgraciadamente ser usada sin comprender su significado. No es extraño ver designar con ese nombre a la unión libre, dando tela que cortar a los sicofantes de la sociologomanía burguesa.

(2) Malon, "Questioni Ardenti", Milán 1877, pág. 144.

tiene su racional fundamento en la emancipación social de la mujer y su igual nivelamiento bajo el punto de vista de los derechos con el hombre. Nosotros no queremos unión sin amor; las uniones forzadas son hechos inmorales que traen consigo consecuencias más inmorales aún. Creemos que el ideal de unión entre dos seres debe ser la indisolubilidad (no impuesta) con un fin social, hecha natural y lógica por fuertes garantías, de las cuales quedarían excluidas las conveniencias financieras para ceder su lugar a los afectos y sentimientos engendrados por el amor mutuo.

Asegurada la unión libre, con el máximum de libertad en la elección de los individuos, el cariño recíproco primero, y luego el crecimiento de los hijos serían los lazos naturales que asegurarían la indisolubilidad del matrimonio. De tal manera quedarían suprimidas las actuales garantías legales que sólo sirven para sancionar inmoralidades.

Podría presentarse el caso que las garantías naturales no fueran suficientes por razones de carácter o sentimientos divergentes: en este caso será conveniente para la sociedad que esos dos seres se separen, pues su proge nie iría a aumentar, como hoy lo hace, el número de degenerados morales que fluctúa desde la enajenación mental hasta el idiotismo.

Con la unión libre sin intervención legal sanciona el socialismo el encumbramiento moral de la familia como base de la sociedad.

*

* * *

Deberes sociales serán la manutención de los impossibilitados al trabajo (ancianos, enfermos e inválidos del trabajo), llevando así a la práctica los sentimientos de humanitaria fraternidad que nuestra escuela propaga.

Pretendemos que la caridad no exista como hoy con apariencia de hacer favor a los desgraciados, los cuales contraen en esa forma el deber de agradecer los beneficios que le aseguran aparentemente la existencia. Los socialistas sostenemos que es un deber de la sociedad mantener a aquellos que no por culpa propia, sino por un

capricho de la naturaleza o por causas atávicas, se encuentran desprovistos de elementos individuales para cooperación a la producción social.

*
* *
*

Finalmente, en el régimen socialista cada templo cederá sus altares a los bancos de una escuela; cada cuartel sus armas a los lechos de una casa social; cada convento sus misterios a la difusión científica de una biblioteca; cada cárcel sus cadenas y cerrojos a la asistencia de un hospital; y cada hombre con derechos será al propio tiempo un productor con deberes.

V

LUCHA DE CLASES

Justificada era la vulgar objeción que "el Socialismo es imposible de llevar a la práctica", cuando Marx y los secuaces de su escuela no habían aún dado bases sólidas y concretas a la doctrina socialista, y cuando el campo sociológico se hallaba ocupado exclusivamente por utopistas que, más provistos de filantropía que de argumentos, querían dar a la sociedad bases verdaderamente humanitarias, sin salir por eso de la árida estepa del idealismo social.

Mas hoy una numerosa estirpe de economistas ha entrado en el debate y, guiados solamente por la convicción nacida de la justicia de la idea, han demostrado que el colectivismo debe ser el producto necesario de la evolución económica a través de los siglos; por eso atribuimos solamente a ignorancia o interés el afán aún subsistente de formular esa objeción.

Hemos ya presentado una síntesis de lo que constituye la aspiración del socialismo científico y cuáles son los motivos que con vigoroso impulso lo impelen a la lucha. Vamos ahora a observar cuáles son los medios de que sus partidarios se valen o podrán valerse para hacer más próxima su implantación.

En primer término, la posibilidad de una sociedad organizada de acuerdo con las doctrinas socialistas es innegable en una época en que se comienza con rapidísima marcha a sustituir la actividad y los medios de producción individuales por la organización colectiva del trabajo y por la acumulación de grandes capitales en forma de sociedades anónimas o sindicatos monopolizadores.

Las grandes máquinas que multiplican la producción requieren cada día el trabajo asociado de muchos individuos, entre los cuales se sienta el principio de la división del trabajo. Ya no es posible al artesano trabajar aisladamente, como no es posible al pequeño capitalista obrar individualmente y sin buscar la cooperación de los demás capitales, y en esas vías en que se ha encarrilado la producción la evolución manifiesta sus primeros efectos.

Eso son los grandes factores que podríamos llamar imprescindibles en la evolución económica y que aún por sí solos deben necesariamente cambiar la organización actual; pero a su lado encontramos los medios de lucha con que los proletarios pueden coadyuvar a la evolución y que se conocen en conjunto con el nombre de coalición de los trabajadores.

La **Evolución** es, pues, la transformación lenta y natural de un orden de cosas dado en otro, que es el resultado de una organización, y que suele ser a su vez causa de una evolución posterior. (1)

La Revolución representa el período final o crítico de la Evolución ya realizada, y la coalición de los trabajadores no es más que su primera manifestación.

Platónico es suponer que un cambio radical en las instituciones pueda realizarse por una rebelión localizada, por un movimiento prematuro o por un golpe de estado. Ni el grado exagerado de posibilismo que anima a los anarquistas que arrojando bombas o sembrando puñaladas pretenden con la violencia personal implantar un régimen comunista, ni un golpe de estado que

(1) Toda evolución social es causa y efecto de otra evolución. No es un ciclo finito como sostienen algunos positivistas; es tan sólo un período de evolución infinita que ha existido siempre y siempre existirá.

pueda destruir al Estado mismo, como sostienen los socialistas de estado, son capaces de cumplir esa evolución.

Los movimientos prematuros, como la insurrección gloriosa del 71 en París, son siempre estériles, pues no preparados los ánimos para recibir la simiente revolucionaria la esterilizan y revelan su impotencia esparciendo inútil sangre en jornadas luctuosas cual lo fueron las de la Semana sangrienta.

Cartagena, en 1872, que en medio de la confusión republicana deja claramente brillar el sol de la emancipación económica, y Sicilia y Lunigiana que en el 93 se rebelan contra la condena al hambre que la monarquía sabauda les inflige, son los eslabones de la gran cadena revolucionaria que se inició el 48 en las calles ensangrentadas de París.

Esas revueltas fueron de todo punto estériles porque aún la evolución no se había efectuado, y en muy escasa proporción han sido apreciados sus propósitos emancipadores por las masas proletarias que todo ven tras el cristal que colocan ante su vista los escritores burgueses. Y más estériles aún, y casi diría perjudiciales, para la causa de la emancipación, son los atentados contra las personas, no bastando el martirologio de los Ravachol, Vaillant, Henry o Caserio para mejorar en un átomo la condición de la clase trabajadora, sirviendo por el contrario a la burguesía para reprimir junto con los autores de atentados a los que buscamos la lucha en un terreno más racional y más provechoso para el proletariado.

A esos perjuicios deben agregarse que los partidarios de tales ideas cada día se sumergen más en la fosa del descrédito y el odio, pues si algunos los compadecían como utopistas, hoy todos los trabajadores conscientes los repelen como criminales.

En el campo de los medios actuales no hay ni pueden haber divergencias ni escuelas; todos los medios racionales y lícitos deben utilizarse para derrocar al monstruo de la opresión.

Sin embargo, hay cierta diferencia de apreciaciones en lo que respecta al momento crítico de la evolución,

que acentuándose cada día más tiende indiscutiblemente a formar dos escuelas que llamaremos del período álgido del movimiento. La una, la **anglo-sajona**, tiene su predominio entre los socialistas de esa raza y es pacífica en todo lo que al cambio del organismo social se refiere. La otra predominante entre los pueblos del Mediterráneo, **latina**, cree necesario un movimiento armado del proletariado universal para poder terminar la evolución.

Ambas son reflejo fiel del carácter respectivo de los pueblos en que prosperan, y deben considerarse como simples diferencias de apreciación de los fenómenos sociológicos, sin mayor importancia ni trascendencia. Los medios comunes respecto a la lucha actual contra los usurpadores de los medios de producción se condensan en el calificativo de "**Lucha de clases**".

Su significado es altamente explicativo: con los explotados o contra los explotados, con los explotadores o contra los explotadores. Lejos de todas las organizaciones burguesas que aparentando defender los derechos de la clase trabajadora se valen de ella para suplantar a partidos con programas análogos, los proletarios y los explotados, sin distinción de razas, orígenes, tradiciones, ni fronteras, se unen por separado y constituyen un partido propio, un partido de clase en el cual deben militar todos los asalariados, desde el ingeniero empleado de la compañía anónima hasta el obrero que vende su existencia por el salario del taller.

Constituidos en poderosa legión, organizada bajo los auspicios de la libertad indisolublemente vinculada a la solidaridad colectiva, la misión de los oprimidos es usar de todos los medios lícitos para luchar contra la burguesía y todos sus acólitos, acercando el día en que fuertes y unidos puedan restablecer el dominio de la justicia universal.

La propaganda es para nuestra causa lo que los rayos solares para la endeble yerba y la frondosa encina; sin ellos no se desarrolla ni evoluciona la clorófila, como sin propaganda permanecerían estacionarias nuestras ideas.

Por su intermedio debemos inculcar en los obreros la conciencia de sus derechos y de sus deberes; debemos demostrarle la injusticia de su estado, la explotación de que son víctimas, y, finalmente, convencerlos de que en su mano está terminar con el yugo que se les impone, y que hasta el presente no han sabido derribar sepultando entre sus ruinas a sus mismos institutores.

En su eficacia está nuestro adelanto, y para tenerla debe ser hecha con la palabra y con la pluma, con el ejemplo y con el sacrificio; en el taller y en el aula, en la oficina y en el seminario, en el cuartel y en la plaza; en las autocracias como en las federaciones, y en las monarquías como en las repúblicas; en los consejos, en los tribunales y en los parlamentos; pública y secretamente; a las multitudes y al individuo, a las agrupaciones y a las familias, sin temores y sin vacilaciones, sin interrupción y sin tregua, multiplicando los argumentos y creciendo de intensidad.

Debemos hacerlo en nombre de la libertad y de la justicia, de la ciencia y de la igualdad; hablando ya al sentimiento, ya a la razón, con frase clara y sencilla, comprensibles argumentos, y fundados en las más elementales verdades.

Así solamente podremos hacer comprender a todos los asalariados que deben empeñarse en la gran lucha de clases y ayudarnos en la invicta lid contra las injusticias sociales; así, y tan sólo así, podremos inducir a la clase proletaria a que se coaligue contra los expoliadores de su trabajo.

Bajo ese aspecto la lucha reviste nuevas fases; la clase productora se une, estrecha sus vínculos, y fuerte de su derecho se dispone a sostener una guerra de montoneras contra la clase que sólo posee el derecho de su fuerza. La huelga, las cooperativas y, últimamente, los **boycotts** son las formas más comunes que suele revestir la desigual campaña.

La huelga, medio eficaz de propaganda, de resistencia y de ataque, merece ser estudiada, aunque sea ligeramente, por el falso concepto en que es tenida por sus mismos defensores.

Partidarios de ella porque la creemos de benéfica propaganda, tenemos la convicción de que no puede en nada mejorar la condición de la clase trabajadora en general, pues aunque la disminución de horas de trabajo, y el aumento de los salarios fuesen reales, si un gremio llegase a elevar su salario sobre el nivel general de los salarios de los otros oficios, se tendría que sería mayor el número de individuos que a ese oficio se dedicarían aumentando la oferta de brazos en proporción igual o mayor al aumento que se hubiera producido en el salario. (1)

Es un hecho comprobado que durante las huelgas los obreros llevan a su máximo el grado de tensión de sus relaciones con los que abusivamente les expolían de una parte de sus productos, ofreciendo un campo eminentemente propicio para inculcar las modernas ideas de emancipación económica.

En esas condiciones el espíritu de solidaridad y de interés común se consolida y suelen echarse durante la agitación las bases de las sociedades gremiales de resistencia que son o debieran ser los baluartes de la clase expoliada en su lucha contra la clase expoliadora.

En las huelgas los obreros se hallan en mutuo contacto y discutiendo sus intereses deben necesariamente llegar a la conclusión de que su estado actual es de los menos atractivos; allí también la exposición de las múltiples doctrinas que como regeneradoras del organismo social se impugnan, incitan a los obreros al estudio de los problemas sociales y entre los inteligentes suele en tesis general ganar prosélitos la escuela socialista.

En cuanto a sus consecuencias económicas, lo único que puede conseguirse es un aumento temporáneo de salario que no puede tardar en desaparecer para restablecer el abrumador equilibrio de los salarios, equivalente al mínimo necesario para la conservación del individuo productor.

(1) Está pasando hoy con las llamadas profesiones y artes liberales. Mientras subsista la diferencia de sus salarios respecto a los demás gremios, mayor será el número de los que a ellas se dediquen.

En la huelga no se trata de una lucha entre el trabajo y el capital como por error sostienen la mayoría de los escritores: se trata de una lucha tenaz entre el trabajo y el interés o renta. (1) Ese error generalizado proviene de creer que es el capital quien paga los salarios, mientras que el salario es producido por el trabajo y pagado por el consumidor de los productos, quien a título de coima abona un supersalario al capitalista que es solamente un interventor en el pago de los salarios. El rol del capitalista es sencillo: si abona al obrero el producto íntegro de su trabajo, debe expoliar al consumidor para originar el interés; si a éste le entrega el producto por su verdadero equivalente, debe deducir el interés de su capital. En ambos casos hay apropiación indebida de supersalario, o de supertrabajo.

Pero en la clase obrera se confunden el productor y el consumidor, siendo en los dos casos la víctima necesaria de la apropiación conocida por interés.

Luego no se quiere en la huelga expropiar una parte del capital, se quiere disminuir una parte del interés pasándolo a aumentar el salario. En suma, se quiere disminuir la cantidad de productos indebidamente apropiada.

Suponiendo, en el mejor caso, que por medio de la huelga se produjera un aumento estable en los salarios del obrero productor, tendríamos que el capital bajo ningún punto de vista estaría dispuesto a disminuir la suma de su interés, y aumentando el precio del producto exigiría al obrero consumidor un supersalario equivalente al supertrabajo devuelto al obrero-productor. Y aquí nos hallaríamos al comienzo del problema, pues con el aumento del salario vendría aparejado el aumento de los artículos de consumo y el obrero quedaría en iguales condiciones que antes.

(1) Marx, al desenvolver con insuperable precisión su concepción materialista de la historia, dió vida al nuevo vocablo "más valor" para representar con más exactitud lo que los economistas burgueses llamaban y llaman "interés". Nos ha parecido más práctico emplear en el presente folleto este término, que es el más divulgado, con lo cual hacemos más comprensible la demostración de que el actual sistema, que por el "interés" se caracteriza, da vida a la apropiación de una parte del producto del trabajo ajeno, o más bien dicho de cierto "valor" representado por el tiempo de trabajo que el capitalista expropia al productor.

Al declararnos sus partidarios insistimos en que la huelga de los trabajadores es beneficiosa por su propaganda y por su influencia agitadora del ánimo de los obreros, no trayendo ningún beneficio positivo en la suba de los salarios. Los aparentes beneficios de un gremio son reales perjuicios para toda la clase obrera.

La verdadera mejoría de condiciones que puede obtenerse con la huelga es la disminución de horas de trabajo. En este caso el trabajo que no efectúa el obrero es compensado por el perfeccionamiento en la maquinaria, que permite al capitalista tener igual interés, gracias al aumento de producción en igual tiempo de trabajo.

Las consecuencias de la disminución de horario son ventajosísimas para la clase obrera; se emplean los trabajadores desocupados (exceptuados los casos en que las maquinarias sustituyen la acción de éstos), aumenta la demanda de brazos y como consecuencia viene una suba aparente de los salarios que desaparece por las circunstancias ya expuestas. Lo estable es el aumento en la demanda de brazos que ocupa a cierto número de obreros que de otro modo permanecerían en el ocio que los conduce a la desesperación y al abatimiento.

Además, teniendo horas libres puede el obrero dedicarse al estudio de las cuestiones económico-sociales que lo afectan, y cultivando su inteligencia y educando su razón le es más fácil adquirir la convicción sensata de que el actual organismo social debe ser reformado.

Agítase actualmente entre los socialistas europeos y más especialmente entre los franceses, la idea de llevar al terreno de la práctica la actuación de la huelga general; nadie puede desconocer su eficacia y, sin duda, sería el acto más imponente de solidaridad universal de la clase trabajadora. Sin embargo, su realización es hoy utópica, pues si en la actualidad semejante movimiento se produjera abortaría por no hallarse aún preparado para ello el proletariado.

Las sociedades cooperativas son otras formas de la mistificación económica, que ven los proletarios en el perfeccionado kaleidoscopio de la sociología burguesa.

Pueden las cooperativas ser de consumo o de producción. Las cooperativas de consumo consisten en la compra por mayor de los artículos de consumo efectuada por un sindicato que los revende por menor o por igual precio a sus asociados.

Las cooperativas de consumo revisten dos formas: la 1.^a consiste en revender los artículos al precio de compra al por mayor, recibiendo el socio la utilidad bajo la forma de ahorro en la compra; la 2.^a se caracteriza por la venta al menudeo a los precios corrientes en plaza y la repartición del beneficio en forma de dividendo. En el primer caso se percibe la utilidad inmediatamente; en el segundo mediatamente.

Indiscutible es su conveniencia para la clase obrera, pues se evita la intervención del pequeño comerciante que al revender las mercaderías exige un alto interés. (Bueno es hacer notar que el mayorista no es afectado en nada por las cooperativas de consumo, pues solamente arruina a los minoristas que suelen ser simples intermediarios en la venta).

Las cooperativas de producción son uno de los tantos productos inútiles de la economía política, por la imposibilidad de su realización en condiciones efectivamente ventajosas, o por la imposibilidad de su vida sin la cooperación del capital.

Por cooperativa de producción (entre obreros) ¿qué se entiende?

La unión de cierto número de ellos para repartirse el producto de su trabajo.

Consideremos cierto número de trabajadores que quieran organizar una cooperativa y tendremos ante nosotros planteado el siguiente problema:

Los obreros no están provistos de todos los medios de producción; deben abonar por su arrendamiento una cantidad dada, que será el interés del capitalista que los poseía.

En tal caso, ¿cuál será el beneficio que sacarán los trabajadores de su cooperativa? No evitan el interés del capitalista y, por consiguiente, no sacan más provecho que la independencia en el trabajo.

Por otra parte, sus medios de producción o capital deben necesariamente ser muy limitados y la cooperativa sería destinada a representar al pequeño capitalista condenado a desaparecer ante la gran producción del que posee más medios de productividad.

Una sola clase de cooperativa puede ser útil (pero no a la clase trabajadora) en la actualidad: la cooperación entre el capital y el trabajo, el propietario y el productor. Esto equivale a pagar el interés o renta en especies o en producto, es decir, a la contratación de la entrega del super-trabajo.

Hoy es una de las cuestiones palpitantes en Italia y ciertas regiones de los Estados Unidos; el gobierno o los grandes propietarios rurales ceden a los agricultores la tierra con la obligación de cultivarla y las simientes necesarias, y éstos se obligan a entregar, después de la cosecha, la mitad de los productos. De éstos se descuenta primero el importe de las simientes y máquinas o instrumentos empleados, y del resto, la mitad pasa a manos del propietario.

Es este sistema de medianía (mezzadria) el más lucrativo y más rápido para explotar a los trabajadores, a pesar de lo cual su gran miseria, en ciertos países, los obliga a inclinarse ante ese ignominioso yugo económico.

Resumiendo, tenemos que las únicas cooperativas útiles para los trabajadores son las de consumo, que, sin embargo, no se oponen en nada a la especulación de los grandes capitales, ni adelantan un paso en la solución de los problemas sociales; las de producción están destinadas a sucumbir si son formadas por obreros (talleres sociales) a la par que prosperan si son formadas por capitalistas (sociedades anónimas), pues en este caso se sigue la ley de que cuanto mayor es el capital mayores son las utilidades, y las anónimas representan un gran capital como suma de varios capitales menores; por fin, las cooperativas entre ambos redundan en exclusivo beneficio de estos últimos, pues aumentan únicamente la renta o el interés sin modificar el salario.

El boycott es un nuevo sistema de coalición negativa que ha dado recientemente brillantes resultados en

Alemania. Y decimos negativa, porque sin beneficiar a los proletarios, perjudican inmensamente a aquellos contra quienes se organiza.

Consiste en el acuerdo general de no consumir los productos de una fábrica determinada, la cual por falta de consumidores tiene que caer en la ruina por inanición.

Los socialistas y en general los proletarios alemanes han conseguido con este sistema clausurar una fábrica de cerveza de Berlín que se negó a aumentar los salarios a sus trabajadores. Las paredes, las veredas, las estaciones; los periódicos obreros y demás medios posibles de propaganda fueron llenados de letreros y carteles con la inscripción: "Obreros, no bebáis cerveza de la fábrica*** que explota a sus trabajadores". En pocas semanas la cervecería cayó víctima de su propia avaricia.

Si el boycottaje es posible y seguro en casos aislados, no tendría resultado alguno si se hiciera a todos los fabricantes de igual producto (en esas condiciones podría declararse en las huelgas), pues no se puede, en ningún caso, suprimir un consumo determinado.

La **lucha política** es el medio más racional y el que mejor frutos pueda dar a la causa proletaria.

Constituídos los socialistas en Partido con organización eminentemente democrática, con una disciplina que es la resultante de la conciencia del deber y no de la imposición, su acción en las urnas debe ser de las más benéficas, pues al mismo tiempo que se conquistan bancas en los congresos, se demuestra con la irreprochabilidad de los medios, que el Partido Socialista sabe sostener con dignidad y altura sus nobles propósitos.

Si será posible transformar la organización burguesa por intermedio del sufragio universal no puede afirmarse; suponemos que no lo es. Sin embargo, a primera vista se discierne en él un arma poderosa, a cuyos golpes, tarde o temprano, deberá la burguesía responder con la violencia, que siempre es el argumento de los que sustentan su poder en el derecho de la fuerza.

"Los trabajadores alemanes han prestado a su causa un servicio mayor que el de presentarse como los más fuertes y los más disciplinados. Han enseñado a sus com-

pañeros de todos los países el manejo de una nueva y preciosísima arma: el sufragio universal.

"Ellos transforman el sufragio — según la frase del programa de los socialistas marxistas de Francia— de instrumento de engaño, como era hasta aquí, en instrumento de emancipación.

"Y si el sufragio universal no nos hubiese dado otra ventaja que la de podernos contar cada tres años; que la de darnos con el patente, inesperado y continuo aumento de votos la garantía de la victoria, siendo al mismo tiempo para nuestros enemigos un fantasma cada vez más terrible; que la de proporcionarnos la manera de conocer nuestra fuerza y librarnos, lo mismo de injustificados temores, que de intempestivas audacias; aunque ésta fuese la única ventaja obtenida por el sufragio, representaría para el proletariado una importante adquisición. Así se explica que la burguesía y el Gobierno comprendieran inmediatamente que más debían temer la acción legal que la ilegal, el éxito de las elecciones que el de las rebeliones". (1).

En un principio, las minorías socialistas suelen ser las defensoras constantes y tenaces de los derechos del proletariado; censuran toda ley contraria a su libertad o que proteja a la clase burguesa, proponiendo otras que mejoren sus condiciones económicas y que lo coloquen en mejor situación para instruirse y perfeccionarse moral e intelectualmente.

Es muy lógico que dado su carácter de minorías no pueden imponer siquiera el programa *mínimum* del partido que constituye un gran paso hacia la emancipación del proletariado; pero, en cambio, encuentran un magnífico campo para hacer la propaganda de nuestras ideas y aunque la acción política no nos sirviera más que bajo ese punto de vista, su utilidad es indiscutible.

En Bélgica, una de las mejores fuentes de difusión ha sido la Cámara de Diputados, siendo el boletín oficial de ellas un nuevo agente de eficaz propaganda que

(1) *Cómo se hace hoy la revolución*, Federico Engels.

leído con interés, ha traído a las filas del Partido a los hombres más distinguidos en las ciencias y en las letras.

El aumento de esas minorías las pone luego en condiciones de influir directamente sobre la marcha de los gobiernos poniendo en jaque a los conservadores de todas las escuelas, que ya se unen en ciertos países prescindiendo de sus tradicionales rencillas para combatir al enemigo común, al titán socialista. Si la conquista del poder por las clases trabajadoras tiene ardientes enemigos entre los trabajadores mismos, esto ocurre por efecto del estado de ignorancia en que la burguesía los mantiene, consiguiendo con su abstención en las acciones electorales la posesión exclusiva del poder político por medio del cual pretende hacer más inconvencible el yugo económico.

Las dos escuelas que predominan en el campo de los medios de acción se separan al transformarse en mayorías para continuar por distintas vías la emancipación de los trabajadores. Una de ellas, la escuela anglo-sajona, continuaría ejerciendo la acción del partido por las vías pacíficas procediendo a transformar la propiedad individual de los medios de producción en colectiva. Al efecto, podría poner a los poseedores de esos medios en condiciones tales que la conservación de ellos fuera más bien un perjuicio que una utilidad, ya por medio de fuertes impuestos, ya por la creación de medios de producción colectivos, que independizando a los productores dejarán inmovilizados los medios de producción individuales. No cabe la menor duda que en el caso posible de que la conservación de la propiedad individual de los medios de producción fuese perjudicial, estaría en la conveniencia de cada uno el abandonarla en beneficio común.

Transformada ya la propiedad individual en colectiva, los productores mismos se darían la organización que mejor les conviniera y que hoy no puede ni debe pronosticarse, pues la humanidad se desenvolverá de acuerdo únicamente con sus tendencias y aptitudes colectivas y naturales.

La escuela alta, revolucionaria por excelencia, considera que entrado en las mayorías el convencimiento

de la bondad de nuestras doctrinas debiera procederse a un movimiento violento que, reintegrando a los trabajadores sus usurpados derechos, ponga a todos los individuos de la especie en iguales condiciones ante los medios de existencia.

Es fuerza reconocer que un exceso de optimismo es la base exclusiva de las dos tendencias expuestas; los grandes movimientos evolucionistas de la humanidad, sin excepción de uno solo, han sido realizados tras una acción revolucionaria que ha siempre representado su momento crítico. Pretender que el movimiento tenga una distinta conclusión, es negar las doctrinas modernas respecto a las evoluciones, que tienen en este caso en su apoyo el valioso testimonio de la historia. La acción revolucionaria debe venir, y quienes la provocarán no serán los socialistas sino los actuales detentadores de los bienes sociales que se opondrán enérgicamente a la transformación de la propiedad individual de los medios de producción en propiedad colectiva.

“Cuando se trata de realizar una completa transformación en el organismo social, es necesario tener consigo la masa, y tenerla conocedora de aquello que se pretende realizar y del motivo por que presta su concurso.

“Esto nos enseña la historia de los últimos cincuenta años.

“Más a fin de que la masa comprenda lo que debe hacer es necesario un largo e incesante trabajo, el trabajo precisamente que hacemos hoy en un resultado que llena de espanto a nuestros adversarios.

Los dos millones de electores que en Alemania han acudido a las urnas, prescindiendo de los jóvenes y de las mujeres, que carecen de derecho electoral, y que están al lado de aquéllos, representan la más rica, la más compacta masa de la “fuerza”, ya poderosa que posee hoy el ejército proletario.

“Esta masa representa ya más de la cuarta parte de los votos emitidos, y según indican las elecciones parciales para el Reichstag, y muy especialmente las elecciones provinciales, comunales y administrativas, aumenta continuamente.

Su desarrollo es tan espontáneo, tan incesante y al mismo tiempo tan tranquilo, como un proceso natural.

“A pesar de haber empleado el Gobierno contra nosotros toda clase de armas, contamos hoy con la cuarta parte de los electores.

“Sigamos avanzando de esta manera, y antes que se extinga el presente siglo tendremos con nosotros toda la clase media, todos los pequeños industriales y todos los pequeños propietarios; convirtiéndonos en una potencia tal, que ante ella, quieran o no, tendrán que inclinarse todas las demás.

Continuar el interrumpido aumento de las fuerzas socialistas debe ser nuestra obra, hasta que la organización social dominante sucumba.

“En *Alemania, una sola cosa puede momentáneamente dificultar el constante avance de la fuerza socialista y también obligarle a retroceder por algún tiempo: un choque en masa con el Ejército; una sangría como la de París en 1871. Verdad es que con el tiempo salvaríamos también esa crisis, ya que no bastan todos los arsenales de Europa y América para acabar con un partido que cuenta millones de adeptos; pero la evolución normal sufriría alguna paralización, y el momento decisivo, retardándose, exigiría grandes sacrificios.

“La ironía de la Historia lo trastorna todo. Nosotros, los “revolucionarios”, los “subversivos”, nos encontramos mucho mejor con los medios legales que con los ilegales. En cambio, los partidos de orden, como ellos se llaman, van buscando la muerte, en virtud de la organización legal que ellos mismos han creado. Sabedores de lo que les espera, gritan con Odilón Barrot: la legalidad nos mata.

“A nosotros, por el contrario, esa legalidad nos da músculos de acero y sangre joven, y nos asegura una vida eterna.

“No seremos, pues tan insensatos que vayamos a darles el gusto de dejarnos arrastrar a una guerra en las calles, que no daría otro resultado sino el que ellos mis-

mos rompieran esa legalidad, tan fatal para su causa". (1)

Los hechos demostrarán que la revolución se producirá, si debe producirse; la forma y las condiciones en que se realizarán no pueden ser previstas sin entrar en el campo especulativo de las utopías sociales.

VI

LA CUESTION SOCIAL EN LA REPUBLICA

Que no hay verdadera cuestión social en la República Argentina, oímos repetir a cada instante, como poderoso e irrefutable argumento contra nuestra propaganda. Un compañero de estudios, días pasados, nos citaba en su apoyo un artículo del señor Dimas Helguera, en que se relataba que hay una clase de inmigrantes que vienen a la república en octubre o noviembre, época de la cosecha, y se vuelven a las playas europeas en marzo, llevando consigo una vistosa suma. No hemos visto la fecha de ese número del **Boletín Industrial**, pero creemos que debió aparecer el 28 de diciembre, día de los Santos Inocentes. Así solamente nos explicamos que el señor Helguera haya podido decir tal cosa, llevando su fingido optimismo al punto de hacer creer, con una inocentada, que en la República Argentina se encuentra el famoso Eldorado que tanto se afanaron los ibéricos conquistadores en hallar en el continente sudamericano.

En los países de vida joven, en que el progreso industrial no ha cundido aún y en que los medios de producción casi diríamos naturales no han sido suplantados por la maquinaria, manteniéndose la producción escasa e ineficaz, no hay ni puede haber riquezas bastante grandes para permitir a una clase determinada vivir en el ocio y el lujo, a la par que no podrán encontrarse individuos desprovistos de lo suficiente para la conservación de sí mismos y de la especie, pues quien tenga aptitud y voluntad para trabajar tiene asegurada su inmunidad contra el virus de la miseria.

(1) Federico Engels, ob. cit.

Pero cuando la industria se desarrolla y la maquinaria se generaliza, comienza ese período de desequilibrio originado por el exceso de producción y la menor demanda de la mano de obra, que nos lleva, como necesaria consecuencia a la concentración industrial primero, y a los monopolios después, poniendo en manos de reducido número de individuos o accionistas todos los medios de producción o instrumentos de trabajo.

Desde que la actividad productora se manifiesta, comienzan a acentuarse las grandes desigualdades que engendran esas dos pléyades antagonistas, los parásitos y los proletarios, fluctuando entre ambas la gran multitud de las medianías industriales que, según la invariable ley económica, no pudiendo resistir la competencia de los grandes productores, pasan a aumentar la legión de los asalariados.

Bien decían, pues, los que hasta 20 ó 10 años ha sostenían que entre nosotros no había verdadera cuestión social; pero pretenderlo negar hoy en que todos somos espectadores de la gran catástrofe económica, que algún *homme d'esprit* se complació en llamar crisis del progreso, que envuelve a la Argentina, sería no ya un rasgo de optimismo patriótico, pero sí un modelo de refinamiento en la mistificación.

Negar que aquí como en todos los países civilizados que el sol del progreso ha bañado con sus fecundos rayos, existe una cuestión social, sería negar la civilización y el progreso mismo del país; negar que aquí se irradia la universal lucha de clases, es negar el adelanto de la industria y de la producción.

¿Acaso podemos ocultarnos las condiciones económicas en que versa la clase obrera? Las huelgas, producidas en 6 meses, de enero a julio de 1895, en número de veinte y una (21), son la prueba evidente de que 50 mil obreros de la capital aspiran a vivir en condiciones más humanas.

Y esa lucha poderosa que se manifiesta por la actual agitación de la clase obrera, no es solamente como afirma en su mensaje el Presidente de la República, un efecto de la propaganda socialista; es también la mani-

festación espontánea de que el hambre flagela ya a los trabajadores de muchos gremios.

Las organizaciones socialistas que invaden vertiginosamente el país, sin respetar siquiera a la docta Córdoba, cuna y foco de la aberración religiosa nacional, son al lado de las innumerables sociedades de resistencia, la prueba palpable de que el malestar es general, y que las clases trabajadoras despiertan, estimuladas por la necesidad, a la lucha por las reivindicaciones sociales.

Y más que ello, encontramos una evidente prueba de desorganización en las estadísticas oficiales que nos muestran claramente el extraordinario aumento de la mendicidad, de los atentados contra la propiedad y las personas, de los suicidios, de la filiación ilegítima y sobre todo de la mortalidad de los niños por enfermedades causadas por falta absoluta de higiene, y, en ciertos casos, de nutrición.

Comprendemos que nuestra palabra puede ser tachada de parcial, y en homenaje a la susceptibilidad ajena la cedemos a distinguidos escritores, a quienes no podrán hacerseles semejantes imputaciones.

“La concentración de la tierra en pocas manos progresa con movimiento acelerado e implica la degradación de los pequeños propietarios al papel de arrendatarios o peones. Esta misma tendencia de concentración de capitales reduce al artesano independiente a jornalero, al bolichero a peón, al pequeño comerciante a empleado de un negocio grande, y a las personas que han sido independientes en el régimen antiguo, a la dependencia de las grandes empresas. La grande fábrica aniquila a la pequeña, el grande negocio quita al pequeño la posibilidad de la existencia, y de día en día aumenta la dificultad para que el pequeño capital pueda subsistir al lado del grande.

“Así como el feudalismo medioeval, o sea el vasallaje de la tierra y de sus habitantes precedió al capitalismo, así también precede el feudalismo moderno, ese

vasallaje de los pequeños capitales y de sus míseros poseedores, a un nuevo orden social, que no está todavía bien definido, pero que no tardará en apoderarse de todas las sociedades”.

F. LATZINA.

“La Nación, mayo 17 de 1895”.

“¿Quién se atreverá a negarme que la inmensa mayoría sino la totalidad de los que salen a la campaña como colonos, alucinados por la idea hábilmente sugerida de hacerse propietarios, llevan una vida miserable, pasando a la conclusión de la cosecha todo el producto de su trabajo a manos del propietario colonizador, quien lo arrebatara por pagos de intereses de su capital, de arrendamiento o amortización del valor de la tierra?”

“Quién dude de esto que recorra esas tituladas colonias y se convencerá del estado miserable de la gente allí ocupada; la mayor parte están endeudados, no alcanzando el producto de su trabajo de un año o aún de dos, para pagar los intereses por adelantos, arrendamiento, o la amortización del valor de la tierra por ellos trabajada”.

“¡Qué bello es el Progreso! ¡Cómo hermosea y transforma la pampa antes solitaria! ¡Cómo ha aumentado la riqueza nacional y el poder de las clases que detentan esta riqueza!

“Sólo el criollo, ese honrado campesino que antes fué rico porque era libre y feliz, no participa de tanto bienestar y de tanta riqueza. Sin hogar; sin fortuna, sin medios para producir; su presente es el salario, su porvenir la miseria. ¡Cómo ha cambiado su personalidad!; el hombre viril y altivo de otros tiempos, lujoso en el traje y honrado en sus acciones, hoy es el tipo degenerado de una raza, miserable en el vestir, y para quien

los gobiernos disminuyen las escuelas, pero aumentan las policías”.

ANTONIO PIÑERO.

(Fragmentos de publicaciones en La Agricultura).

“Dicha población minera se compone de una parte estable domiciliada aquí, y de otra ambulante que los empresarios suelen traer de la cordillera de San Juan y Mendoza, a donde vuelve cuando los trabajos se paran y quiebran las empresas”.

“La domiciliada aquí la componen principalmente mujeres que sacan el oro por medio de la fuente y la poruña de las arenas de los ríos y los arroyos. Son muy hábiles en su oficio y por poco, poquísimos que sea el contenido del oro en las arenas, éllas lo sacan y lo venden en las pulperías, recibiendo por él las mercancías que necesitan para su vida, por demás pobre y miserable”.

“Muchas de esas mujeres viven en cuevas formadas en las barrancas de arcilla de los arroyos, otras en las cuevas de las rocas y otras en míseros ranchos. Viven amancebadas con peones de las estancias vecinas o con mineros, y tienen muchísimos hijos que, desde chicos, suelen dar a estancieros y otra gente, para que cuiden las majadas de cabras y ovejas”.

“Da lástima ver a esas pobres mujeres casi desnudas y muertas de hambre, paradas en el agua tan fría en esas alturas, lavando el llampo todo el día..., y cuando han conseguido reunir algunos centigramos de polvos de oro lo llevan a la pulpería, en donde el pulpero las engaña y roba con el mayor desparpajo, estafándolas primeramente en el peso y precio del oro, y después en el peso y la medida de los artículos que las pobres les compran”.

“La población minera ambulante consta de hombres que habitan generalmente los altos valles de la cordillera, en el Paramillo de Uspallata, Calingasta, Fonta, Castaño, Moliman, etc.”.

"Casi siempre ganan muy poco, y prefieren trabajar por un salario en el laboreo de una empresa capitalista, transportándose con este fin juntos con sus familias a parajes lejanos donde esperan encontrar ocupación, a menudo llevando el tifus, la viruela, el sarampión y otras enfermedades infecciosas a los lugares por donde pasan en grupos más o menos numerosos".

"Naturalmente, no saben leer ni escribir. Los administradores de las compañías mineras suelen explotar terriblemente a estos bárbaros, cuyo trabajo les resulta tan barato que no pueden competir con ellos los obreros inmigrados de Europa".

"Los periódicos rechazan todos los informes que dicen la verdad sobre las minas y la mentida y supuesta riqueza minera.. Declaran que es **antiargentino** y **antipatriótico** decir la verdad sobre las minas y denuncian a los que no mienten en este sentido, a las iras de los fanáticos patrioterros, del gobierno y de los especuladores de bolsa, como **oposidores al engrandecimiento del país**".

"La anarquía sostenida por el fraude patriótico forma la base sobre que se funda el capitalismo".

"En San Luis son los peones criollos los que trabajan en las estancias. Por toda herramienta tienen el lazo, la bola, el cuchillo y el arado de madera de quebracho blanco. Suelen también utilizar el hacha hábilmente. Viven al raso. Visten míseros harapos. Comen menos que los perros. Nada poseen, ni familia. Trabajan por un salario ínfimo, mal y poco. No se les enseña nada".

Ing. G. A. LALLEMANT.

(Correspondencia de las Minas de las Carolinas, Prov. San Luis).

"En la histórica Tucumán "cuna de libertad y sepulcro de los tiranos" existe una ley, llamada de conchavos, que autoriza en una forma más o menos disimulada la esclavitud".

"Las clases desheredadas de fortuna sirven de tributarias a los ricos, y jamás pueden romper las cadenas que los ligan cuando al entrar al servicio de uno de éstos se les exige la libreta de conchavo para llenarla de cifras que representan el salario anticipado de toda la vida de un hombre".

"La Nación".

(Mayo 23 de 1895, pág. 4 col. 7, lín. 54).

Tucumán y Salta tienen como principales industrias la ganadería, el cultivo y la elaboración de la caña de azúcar, y la explotación de los bosques, que se hace en grande escala.

"Los patrones para asegurarse la mano de obra que necesitan, sin verse obligados a tratar bien a los trabajadores, han inventado allí un sistema especial de conchavo con intervención de la policía.

"La libertad de contrato que, al decir de los explotadores, es capaz de hacer la felicidad de todo el mundo, a pesar de lo cual los obreros conscientes tratan de restringirla, porque saben que es en realidad libertad de explotación, presenta en las provincias indicadas una de sus formas más genuinas.

"El patrón lleva a sus futuros peones a la policía, compra allí una libreta para cada uno, por la que paga un peso, que no es más que un impuesto sobre los salarios, y en seguida conviene allí mismo el tiempo del conchavo, y el monto del salario.

"Cumplidas esas formalidades, el trabajador pertenece al patrón que le ha contratado durante el tiempo convenido, escrito en la libreta policial. Ya no puede cambiar de patrón, aunque éste lo azote, o no le dé de comer; ya no puede cambiar de trabajo, aunque el que le manden hacer no convenga a sus gustos ni a su salud; ya no puede disponer de su persona ni de su tiempo, sino con el beneplácito del patrón.

"¡Ay del jornalero que, por necesidad o por gusto, abandona al amo que lo ha comprado!

“La policía lo busca, lo castiga, y lo entrega al patrón, que si ya lo trataba a látigo antes de escaparse, ¿cómo lo tratará después!

“Tampoco puede el infeliz peón conchavarse en otra parte, porque está prohibido tomarlo si no ha cumplido su tiempo con el anterior patrón.

“Es tal la apropiación que los patrones se hacen del trabajador, que cuando no lo necesitan por todo el tiempo convenido, lo venden a otro, pasándole la libreta de conchavo.

“Allí liquidar la peonada es una operación como otra cualquiera; como la del cochero que vende sus caballos, o del chacarero que vende sus bueyes.

“Para disimular en algo la crueldad y la infamia de este sistema de conchavo, los patrones adelantan a los trabajadores el salario de algún tiempo, con lo que consiguen también, probablemente, contratarlos por un precio irrisorio”.

“La Vanguardia”.

Año I, N.º 9, col. 1.º

No son falsos idealismos ni ficticias opiniones las que reproducimos; son la manifestación, imprudente pero sinceras, del verdadero estado económico en que se encuentra la población obrera en el territorio argentino.

El Dr. Latzina, que por su condición de jefe de las oficinas nacionales de estadística se encuentra en favorable situación para apreciar ciertos fenómenos económicos, nos revela que el fenómeno de la concentración agrícola e industrial se acentúa cada vez más y que los pequeños industriales o agricultores pasan paulatinamente a aumentar la clase proletaria; reconoce, además, como efecto de la evolución económica, que llegaremos a un nuevo orden social organizado sobre bases sólidas que no permita la reproducción de las actuales injusticias sociales y cuyos detalles no es posible prever.

El distinguido escritor Antonio Piñero nos muestra el estado miserable de los colonos y agricultores que

engañosamente son llevados a las provincias del litoral para encontrar el Edén y, en cambio, indecorosamente explotados por sus arrendatarios; el criollo despreciado y humillado por su patrón, nos lo presenta, como el tipo del ignorante y degenerado moral.

El ing. Lallemand, al cual debe ya numerosos servicios el proletariado y especialmente el de la Argentina, nos hace palpar el estado de la población obrera en la región minera de los Andes y nos muestra el grado de aberración en que yacen los mineros de ambos sexos y los peones de las estancias, que sufren con indecorosa resignación el yugo que sus amos les imponen.

"La Nación", en un arrebatado de imprudente patriotismo revela lo que tanto suele empeñarse en ocultar la prensa burguesa, y con frase sincera nos señala la esclavitud de los obreros de las provincias centrales.

La forma y la intensidad de ese yugo nos las revela "La Vanguardia" que, siempre firme en la brecha, no deja de poner en relieve todas las injusticias y las tiranías que oprimen a la clase trabajadora.

Preguntamos:

En un país donde, por confesión de la misma burguesía, la concentración económica es un hecho; donde los obreros son engañados y explotados; donde hay abyección y esclavitud, ¿existe una verdadera Cuestión Social?

Olvidese la conveniencia y el patriotismo, y cada hombre honrado dé su fallo imparcial en este punto de especial importancia, y ese fallo se compendiará en la frase del distinguido jurisconsulto rosarino Dr. Serafín Alvarez: "Para nosotros, el socialismo, es decir, la organización de la vida colectiva no es dolor de viejo que va a morir, sino dolor de alumbramiento. Herzen pudo decir a Europa y acertar: **Tendréis Socialismo o guerra perpetua.** Respecto a Sud América podremos parodiar aquella frase con esta otra: **Tendréis Socialismo o no viviréis**".

VII

PROLETARIADO INTELLECTUAL

Estudiantes: El Socialismo, acabáis de verlo, no es el espectro rojo que, sanguinario y destructor, os hacían soñar en vuestra infancia los que os han educado en la escuela de la opresión y los que os enseñaron a leer en el libro de la vergonzosa calumnia. Por el contrario, es el más noble de los ideales que han agitado a la humanidad, y el más justo de los pabellones que los oprimidos enarbolan, flameando al impulso del aura voluptuosa de la libertad, bajo los rayos regeneradores de la ciencia y del progreso.

Nosotros que consagramos nuestros mejores instantes de actividad y potencia intelectual al estudio, perdemos también el derecho a la existencia de la organización burguesa, que nos priva de la libertad individual para condenarnos a ser víctimas de las leyes inflexibles del salario; por eso debemos ser los campeones más esforzados de la agitación socialista en pro de la emancipación económica de la humanidad.

No participar a este movimiento del proletariado universal, nosotros que constituímos su fracción más importante, sería hacernos cómplices, con nuestra indiferencia, de las injusticias que hoy oprimen a las clases trabajadoras; sería negar que la humanidad está destinada a mejores y más nobles destinos.

Apartarnos de la agitación redentora que propaga sin respetar fronteras y sin encontrar límites el generoso ideal del porvenir, es hacernos indignos de pertenecer a la especie que contados tiranuelos oprimen y deprimen con su egoísmo, dando ejemplo viviente de la corrupción entronizada en los altares del poder, y de la injusticia elevada a sistema de gobierno.

Para nosotros desaparece rápidamente la era de las doradas ilusiones que concretaban un porvenir de holganza en la posesión de un título doctoral o universitario, transformándose, tras las nieblas del salario, el concepto del libre profesionalista en la figura poco atrayen-

te del empleado a sueldo en las oficinas del Estado o en las grandes empresas de los detentadores de los bienes sociales.

El adelanto científico le está limitado al inteligente y al estudioso por la cantidad de medios de instrucción que sus condiciones económicas le permiten adquirir, produciéndose consecuentemente un perjuicio social por la limitación del progreso científico e industrial en general.

Desde el umbral de la escuela primaria, de que se rechaza a los que no tienen suficientes medios para estudiar, se inicia la artificiosa selección de los más pudientes, quedando condenados a la reclusión en el taller y la usina los que aún siendo inteligentes no tienen suficiente dinero para usufructuar la enseñanza gratuita.

Los Colegios Nacionales determinan la filtración de los necesitados, gracias al sistema vergonzoso de los textos escritos por los profesores; la explotación y el mercantilismo no vacilan siquiera en presencia del aula, que debería ser el templo de la ciencia y de la virtud.

En general, la instrucción es deficiente y restringida; las libertades de enseñanza secundaria y superior son proyectos; las bibliotecas son tales en el campo de la ideología, pues en los Colegios Nacionales han sido siempre inaccesibles a los alumnos y entre las universitarias, la de la Facultad de Ciencias Médicas de la capital permaneció clausurada diez y ocho meses sin interrupción!...

Los buenos catedráticos no pueden desarrollar el estudio de sus programas por falta de laboratorios para las enseñanzas prácticas y por incompetencia de los alumnos en muchos casos. Otros profesores aún disponiendo de lo uno y de lo otro...

Existe una asociación que por sus fines se hace altamente simpática: la Unión Universitaria. Sin embargo, se reúne pocas veces al año en los meses de junio y principios de julio; solicita del Gobierno nacional una subvención de 100 pasajes, con el fin de hacer una peregrinación patriótica a Tucumán y Salta, los obtiene, y la realiza entre alocuciones entusiastas en homenaje a la solidaridad, la patria, las instituciones, la religión y otras quimeras deprimentes del espíritu verdadero de los inte-

reses sociales. Terminado el paseo recreativo, la asociación desaparece, para brotar por generación espontánea en igual fecha del año siguiente y solicitar nuevos pasajes con qué efectuar una nueva romería a expensas del Estado.

Esas dolorosas verdades sobre el estado de la instrucción científica en la Argentina nadie puede ocultarlas y antes que nosotros, decía un joven y distinguido profesor de nuestra Universidad:

"Confieso que nuestra juventud recibe desde los bancos de la escuela una educación frívola, superficial y engañosa. Los alumnos que ingresan a nuestras facultades están, en su inmensa mayoría, muy lejos de poseer la preparación necesaria para seguir los cursos universitarios. El plan de estudios del Colegio Nacional es una farsa. El estudiante no trata de saber sino de pasar en los exámenes.

"Ingresa luego a las facultades, se sacrifica largos años y al llegar al final de su carrera se encuentra con que los ancianos académicos manejan las facultades con sistemas patriarcales.

"El estudioso y el inteligente pretenden, con justicia, aspirar a la cátedra, pero el concurso, cuando lo hay, es ficticio, las ternas son productos de manipulaciones académicas, y en ciertos casos es el Ministro de Instrucción Pública quien impone los candidatos, y entre ellos los que deben ser los preferidos.

"Los altos puestos se dan por favor y en ciertos casos a las personas menos aptas para desempeñarlos".

Considerados como gremios independientes los estudiantes de las tres facultades nos hallamos en parecidas condiciones.

Once o trece años de sacrificios intelectuales que conjuntamente nos acarrearán un derroche financiero y un retraimiento de la sociedad para dedicar nuestro tiempo al estudio, necesariamente nos brindan al terminar el yugo del salario o el sacrificio de la inanición.

Imprimid en vuestro cerebro rebosante de actividad intelectual pandectas, códigos y tablas, y tendréis, al diplomaros, el derecho de inclinaros cabizbajos y humildes

ante unos pocos potentados, para conseguir un empleo en la oficina o en el tribunal, deprimiendo con vuestra humillación el sentimiento más noble y más elevado del ser humano: la dignidad personal.

En cambio, otros al terminar la fatigosa carrera, reciben de esos pseudo-gobiernos provinciales, que son más bien consejuelos de familia, puestos públicos de que suelen ser disfrutadores incapaces con perjuicio de los que, por sus estudios y su inteligencia, tendrían por justicia el derecho de desempeñarlos.

A los estudiantes de medicina sería hasta innecesario indicarles el porvenir que se les espera, si aún no hubiese pobres de espíritu que restringiendo su raciocinio al **siempre hay enfermos**, no pueden darse cuenta del burocratismo que ha invadido todas las ramas de la actividad de los proletarios de la ciencia.

El médico actual, merced a la centralización del Estado, atiende más enfermos en el consultorio de un hospital o desde las gradas del empleo público, que hace veinte años visitando individualmente sus enfermos a domicilio; para igual número de enfermos se requiere una cantidad mucho menor de médicos. Sucede, en cambio, que el número de éstos aumenta de una manera pasmosa, y que cada vez es mayor el número de los que no pueden encontrar ese mismo salario que les arrebató la libertad.

Sin embargo, como hemos dicho, esa deprimente situación tiene un remedio tradicional: la asistencia pública, el departamento de higiene, los hospitales secundarios, la sanidad militar, etc. Allí acude siempre el que ha cursado **doce años** entre libros, enfermos y cadáveres, para pasar a desempeñar el rol, bien mezquino por cierto, de **asalariado**.

El Ingeniero mal puede florecer en un pueblo donde cualquier capataz enriquecido a costa de sus compañeros de trabajo, tiene el derecho de proyectar y construir, compitiendo contra la ciencia con el arma poderoso

(*) Los párrafos que llevan asteriscos, por extravío de los originales han sido rehechos con distintas palabras, conservando el pensamiento de su autor.

sa del dinero. Agréguese la ruina económica universal con su consiguiente disminución en la retribución de los trabajos intelectuales y el ingeniero cargado de esperanzas e ilusiones va directamente a mendigar un salario en alguna empresa u oficina pública.

Junto al estudiante universitario, y en más dolorosas condiciones económicas, la numerosa pléyade de artistas y literatos clama justicia impulsada por el espectro de la miseria.

Ya no es el simple murmullo que, atribuyendo a una crisis pasajera el actual indiferentismo por las sublimes creaciones de la estética, dejaba esperar un modificación en las condiciones económico-sociales de la humanidad; es quizá, el lamento del cultor de lo bello obligado para siempre a sacrificar su genio y su sentimiento a la demanda del pudiente, que trueca su oro por el fruto de su trabajo y que a las expansiones de su talento pone por límites las perversiones de su gusto.

Las letras están en decadencia. El mercantilismo industrial, reflejando la corrupción que caracteriza los estertores agónicos de la burguesía, prostituye el arte en aras de la lujuriosa licencia, dando alas al romance pornográfico para sobreponerlo a las notas sinceras de las literaturas filosóficas. Y, el literato que ño sacie la incoherencia y frívola avidez que caracteriza al moderno crítico de salón, será la víctima inmolada en aras de la degeneración intelectual de la inmensa mayoría de los lectores.

El burgués no exige la belleza, pues sus cavilaciones económicas no le permiten apreciarla; se contenta con el frívolo deleite que le hace olvidar por unos instantes las temerarias oscilaciones bursátiles o los incontables tropiezos en la lucha por la existencia.

El proletario no lee; la burguesía se cuida muy bien de no enseñarlo. Cuando lo hace, excepcionalmente, Marx y sus discípulos constituyen su evangelio y su biblioteca.

“La revolución liberal ha producido, pues, el resultado de suprimir las clases científicas, para sustituirlas por la otra clase, de los empleados públicos. Algunos

años más y los individuos de estas clases, que todavía trabajan libremente, se habrán convencido de que la lucha es imposible, y que lo único que hay que hacer, cuando se obtiene un diploma profesional, es presentarse al Gobierno y pedir el empleo correspondiente, o guardar el diploma con los pergaminos nobiliarios.

“Si sólo se tratara de cambio de nombre, la transformación no tendría trascendencia económica, los que vivían de profesión vivirían de sueldo. Pero, es que al organizar científicamente los servicios públicos, se obtiene una economía de personal enorme. Un médico y un farmacéutico en un hospital, atienden mejor diez veces el número de enfermos, que podrían atender ejerciendo libremente. Un juez, que puede estar al día en el movimiento de los pleitos, suprime el trabajo de muchos abogados. El ingeniero a sueldo atiende dependencias, que aisladas darían ocupación a muchos. Un pedagogo educa cien alumnos a la vez.

“Así, aun cuando aumente la población y se haga el servicio más esmerado, no se necesita aumentar el personal facultativo. El mismo caso de la fábrica de fierros o de la administración del ferrocarril.

“Respecto al sueldo, la cuestión es más grave. Ha de mantenerse el empleado que va a prestar servicio gratuito al pueblo, con las rentas del Estado, que proceden de la contribución de la tierra y de las industrias libres. Si no hay remedio de hacer crecer estas rentas, los sueldos deben ser tasados rigurosamente. Es insufrible el clamor de los contribuyentes por la disminución de los gastos públicos, mientras millares de aspirantes a empleos, exigen al poder público que aumente los servicios, para tener ocupación. Ante esta competencia severa, los sueldos no pueden ser crecidos; y la inmensa mayoría de los empleados no ganan más que lo que ganarían los obreros, o en otra ocupación libre, si tuvieran trabajo.

“Añádase a esto que la vida del empleado no es agradable, por tener que girar en un círculo reducido, como un mecanismo inconsciente; que el empleado está sometido a las alteraciones políticas y a la humillación jerárquica, y se comprenderá, cómo las clases profesio-

nales han llegado también a renegar del liberalismo, y a desear un movimiento en el orden social, que los coloque en posición más holgada". (1)

Tenemos la convicción de que alguien nos designará como pesimistas; pero a quien inconcusamente lo haga lo invitamos a investigar cuántos de los ex alumnos que terminaron en 1893 han acudido al empleo y esos optimistas sin fundamento, economistas de salón, vendrán a darnos razón cuando se aperciban que un 78 1/2 por ciento, o sea los cuatro quintos, pertenecen hoy a la clase de los asalariados.

VIII

LOS ESTUDIANTES Y LA CUESTION SOCIAL

Admitamos, sin embargo, por un momento, que la sociedad que nos condena irremisiblemente a jugar el rol de asalariados, nos brindara un porvenir más o menos holgado asegurándonos el derecho a la existencia para el día en que dejemos de ser estudiantes.

¿Bastaría, acaso, esa razón para que nosotros, dejándonos arrastrar por el egoísmo, pusiéramos de un lado las condiciones misérrimas de la gran mayoría de los seres humanos? ¿Tendríamos, acaso, derecho para mostrarnos indiferentes ante una sociedad que condena a la más noble de las legiones, a la legión de los trabajadores, al oficio forzado y a la indigencia más embrutecedora? ¿Tendríamos, acaso, derecho de contemplar impasivos una organización que, reduciendo a la mujer a la expresión de cosa o de ornamento, la empuja en el vertiginoso abismo del lujo y del artificio, que constituyen la vanguardia de la prostitución? ¿Tendríamos por fin, el derecho de fomentar con nuestra despreocupación las tiránicas instituciones que roban el niño a la escuela y lo entregan a la explotación industrial; que quitan el joven al hogar y lo entregan al ejército; que expropian la mujer a la familia y la sumen en el confesionario?

(1) Serafín Alvarez, "Propaganda Socialista". Las crisis en la República Argentina, págs. 26 y 27.

Un instante de sensato raciocinio creo que basta para convencernos que la juventud estudiosa tiene el deber sagrado de dedicar parte de su actividad intelectual y material a la gran causa del proletariado universal.

Nosotros, aunque en apariencia libres, al defender los derechos y las libertades del obrero que trabaja en la usina y en el taller, defendemos también los nuestros, los de todos aquellos que trabajamos con la mente y con el libro.

Al esfuerzo muscular que imprime al martillo su fuerza percutoria para arrancar del férreo yunque una luminosa chispa, nosotros substituimos el esfuerzo vibratorio de la masa encefálica que del cerebro arranca un idea o un pensamiento; al movimiento perceptible que agita, transforma y utiliza la materia brufa, nosotros substituimos la actividad intelectual que por el estudio encuentra, inventa o crea las leyes invariables que rigen las fuerzas musculares y atómicas; a la llana substituimos el nivel, a la tenaza el compás, a la lima el análisis y a la plomada el criterio filosófico.

Obreros de la ciencia, al sufrir las consecuencias económicas y morales de una sociedad fundada sobre principios erróneos, nosotros debemos buscar con afán incansable, con lacritud pasmosa, las causas de tantos males y de tantas injusticias; debemos ver si el socialismo responde satisfactoriamente a las necesidades de una sociedad libre, cuyos fundamentos sean tomados en las fuentes más puras de la justicia, la igualdad, la fraternidad y la libertad.

Y cuando ya convencidos de la bondad de la doctrina, de la precisión del sistema, de la justicia del ideal dudéis un instante de la firmeza de vuestra resolución, tomadla sin vacilaciones, sin temor y sin restricciones, y habréis dado el paso más noble de vuestra existencia, el paso que os lleve del egoísmo a la fraternidad, del desprecio al amor, de la envidia a la dignidad, de la corrupción a la virtud y del martirio a la redención moral.

La lucha que en vosotros se entablará, a no dudarlo, será titánica; por un lado la familia con sus anticuadas pretensiones y con sus resistencias congénitas a todo

lo que es libertad y progreso; la sociedad con sus exigencias fútiles y sus invariables cerviflexiones, ciertos amigos apagacandiles de sacristía que os amenazarán con las iras celestiales, los futuros suegros incitados por sus directores espirituales que intentarán licenciarnos, vuestro egoísmo individual en todos los casos, y en algunos las ambiciones presidenciales o ministeriales que deberían lógicamente desaparecer al soplo de los nuevos ideales y al impulso de las justicieras doctrinas.

En el bando opuesto, vuestro amor propio, vuestra dignidad personal, vuestra cultura intelectual, vuestro amor al progreso y a la libertad, y, sobre todo, ese sentimiento de justicia y de fraternidad, que es el único legado que recibimos intacto de las doctrinas que Cristo sostuvo con su verbo y con su vida, allá en su epopeya redentora, substituída después por los explotadores de su sacrificio.

En esa lucha vencerán entre vosotros solamente aquellos en quienes el sentimiento de la individualidad consciente triunfe sobre las interesadas influencias extrañas; y a esos nuevos luchadores que vienen a alistarse en las filas del ejército del trabajo, sírvanles de ejemplo y de guía todos aquellos que al precederlos, no han traído solamente a las clases explotadas el contingente de un soldado, pero sí el de una inteligencia culta y pensadora capaz de trazar nuevas sendas a la emancipación proletaria.

A esos también los aliente el pensamiento del distinguido economista Dr. A. Labrola, en que realza su nuevo rol en las filas del pueblo:

“Un estudioso, un profesor, un burgués, un capitalista, que entre convencido en el sendero del socialismo, vale más hoy que no cien o mil proletarios, como documento vivo del decrecimiento del egoísmo en los más interesados, como prueba del triunfo ideal y anticipado de una causa, que en los desgraciados y abatidos se revela por los ímpetus apasionados de la revuelta.

A todos los que mal intencionadamente os digan que no sabéis dónde vais, ni a qué, respondedles que vais a enrollaros en el ejército del progreso, en cuyas filas han

luchado y luchan los Marx, Bebel, Adler, De Amici, Ferri, Engel, Tolstoi, Guesde, Singer, Malon, Tchernicheuski, De Felice, Liebnekcht, Loria, Say, Turati, Testut, Asturano, Owen, Barbato, Lassalle, Smith, Laveleye, Vandervelde, Schaffle, De Paepe, Oberwinder, Becker, Blanc, Englebert, Büchner, Lombroso, Rapisardi, Ranvier, Georges, Dupont, Steppney, Lecomte, Lafargue, Piat, Clemence, Gauthier y demás economistas, filósofos, sabios y pensadores que han desplegado su actividad y su inteligencia en beneficio de la emancipación de los trabajadores.

Su actitud nos demuestra que las leyes inviolables de la evolución comienzan a oscurecer los horizontes de la política burguesa y que en el elemento inteligente está el deber de encarrilar a la humanidad en el sendero de la justicia y de la razón para evitar mañana que la gigantesca avalancha del progreso y de la libertad, cuyo paso apresuran, se vea obligada a derribar con la fuerza incontrastable de su empuje los restos del actual organismo económico y social que pretenden oponerse a su necesario triunfo.

Su ingreso en las filas del proletariado no es tan sólo la tácita adhesión a su lucha contra la moribunda sociedad burguesa; es también la sincera expresión de un mal reprimido sentimiento de conservación, que no puede acallar por más tiempo su impetuosa indignación contra la condena al salario. Es el rugido poderoso del titán intelectual, que emitido por el filósofo y el sabio cruza el aula y el libro, protestando contra la opresión del pensamiento y contra la limitación del campo vastísimo de la ciencia racional.

A su lado, nuestra acción debe ser tan tenaz como sincera; sin preocupaciones, sin dudas y sin ambición, debemos sacrificar nuestros mejores días a la emancipación social, que también al proletariado intelectual debe emancipar.

La lucha se acalora; entran en ella todos, sin excepción, los genios del saber humano, y las armas por ambas partes se perfeccionan, asegurando que de esa lucha de la fe contra la ciencia, del egoísmo contra la fraternidad,

surgirá radiante de paz y de progreso el Ideal que para siempre asegure el triunfo de la Justicia.

Venid, pues, a nuestras filas, jóvenes estudiosos; venid a presentarnos el tributo de vuestra labor, mientras el Partido de los trabajadores saluda su triunfo en las urnas, desde la fría Dinamarca hasta la ardiente Italia; desde la calculadora Germania hasta la impetuosa Francia; del Vístula al Ródano, de Bretaña a Prusia, de Jutiandia a Sicilia, reuniendo en un clamor poderoso y universal la unánime protesta de los proletarios de todo el universo.

INDICE

	Pág.
	———
Prólogo	5
La cuestión social	9
Crisis universal	15
Socialismo	25
Autoridad, religión, instrucción, etc.	33
Lucha de clases	40
La cuestión social en la República Argentina	55
Proletariado intelectual	64
Los estudiantes y la cuestión social	70